

REV PELL 24

# REVISTA

de problemas del tercer mundo

*¿Existe la "burguesía nacional"?*

**ISMAEL VIÑAS**

*Repeticiones sobre los deberes del intelectual*

**RICARDO PIGLIA~ISMAEL VIÑAS**

**ANDRES RIVERA**

*El teatro realista en la Argentina*

**ROBERTO COSSA**

1



DONACIÓN OSVALDO PELLETTIERI

1

# REVISTA

de problemas del tercer mundo

abril, 1968.



**Consejo  
de redacción**

Roberto Cossa  
Ricardo Piglia  
Juan Carlos Portantiero  
Andres Rivera  
Jorge Rivera  
León Rozitchner  
Francisco Urondo  
Ismael Viñas  
Rodolfo Walsh

**1**

# REVISTA

de problemas del tercer mundo

abril, 1968.

## SUMARIO

3

### EDITORIAL

7

### OCUPACION Y CENSURA

*Consejo de Redacción*

9

### ¿EXISTE LA "BURGUESIA NACIONAL"?

*Ismael Viñas*

45

### REPETICIONES SOBRE LOS DEBERES DEL INTELLECTUAL

*Ricardo Piglia - Ismael Viñas*

*Andrés Rivera*

53

### Testimonios EL TEATRO REALISTA EN LA ARGENTINA

*Roberto M. Cossa*

AHRA - Archivo Histórico de Revistas Argentinas

## EDITORIAL

**A** cualquiera medianamente conocedor de los entretelones de nuestra vida cultural y de las tendencias de izquierda en nuestro país, le será fácil advertir que en esta revista se produce no solamente la conjunción del esfuerzo de individuos de trayectorias muy diferentes, sino también de grupos con experiencias y pasados muy diversos.

Eso es así, y lo reivindicamos. Pero hay varias cosas que nos unen, además de la materialidad de la revista misma y de una común posición ideológica:

La seguridad en la necesidad de contribuir al entierro de un sistema, el capitalismo en su faz imperialista, que ya ha perdido globalmente todo rasgo positivo para ser hoy solamente una fuerza opresora y destructora, aun allí donde es aparentemente más benigno.

**E**sta tarea que nos urge, presenta una doble faz: la voluntad de querer construir una nación, para lo cual es imprescindible destruir la opresión que deforma e impide el desarrollo de las fuerzas creadoras de nuestro pueblo, y la decisión de contribuir a la lucha general de los pueblos explotados por construir un mundo nuevo en el cual, para decirlo con palabras ya viejas, comience por fin la historia del hombre.

Si no contribuimos a destruir las bases de sustentación del imperialismo, es decir, si no realizamos la revolución en nuestros países, si no la hacemos avanzar en nuestro propio suelo, estamos demorando el proceso de liberación del hombre, que exige la demolición del capitalismo y la construcción de una sociedad de libertad, de una sociedad socialista. Cada paso que damos en ese sentido aquí contribuye incluso a aumentar las contradicciones en los centros imperialistas y a destruir los cimientos de ese nuevo tipo de "opio" que las clases opresoras tienen a su disposición: el reformismo.

La historia ha demostrado que es ese el camino de la revolución: de la periferia hacia el centro del capitalismo.

**V**a de suyo que, como consecuencia, nos unen otras cosas: el convencimiento de que hay que luchar contra el reformismo en todas sus formas. Y la seguridad de que es necesario poner nuestras preocupaciones en una perspectiva que nace desde nuestra situación local (desde lo nacional), en el marco común de la lucha de lo que se llama el "Tercer Mundo" (el de los pueblos del Tercer Mundo) al que pertenecemos, y, en particular, en el marco común más inmediato de las luchas de los pueblos de nuestro continente, convertido en el terreno de caza exclusivo del imperialismo norteamericano, que no sólo nos explota y oprime, sino que intenta usarnos como su retaguardia estratégica.

A la vez, pensamos que es necesario crear en nuestro país todos los instrumentos que permitan unir fuerzas e individualidades que hoy están dispersas, por la falta de una organización política con capacidad suficiente que las encauce, al asumir sobre sí las tareas de la lucha por la liberación. Sabemos bien que una revista no reemplaza a esa organización, y que no es tampoco el sucedáneo de la lucha política material. En ese sentido, esta revista no intenta ser sino un esfuerzo más que ayude a la conjunción de quienes en este momento estamos dispersos, pero pensamos que la tarea de la creación de esa organización política (que todos intentamos de un modo o de otro) es un objetivo primordial.

**S**in embargo, y paralelamente, nos une otro convencimiento, que significa la reivindicación del trabajo de escribir y sacar una revista:

Si bien la lucha es "acción", o, para decirlo de otro modo, "práxis", esa acción no consiste solamente en el actuar material, en el actuar puramente empírico. La "acción" que sea capaz de derribar un orden social y crear otro, exige análisis y teoría, es análisis y teoría, crítica y propuestas de guía para el actuar, indisolublemente, "dialécticamente", ligadas con el actuar mismo. Esto no es ninguna novedad, por supuesto, pero ocurre que el análisis y la crítica, la teoría, se han desmonetizado entre nosotros. Pero precisamente porque no han existido. Aquí, lo que ha existido en general, son divulgaciones de esquemas traducidos (y mal traducidos) de los análisis que en otras partes se hicieron para otras realidades sociales, machaconas repeticiones de palabras que sirven sólo para ocultar errores y como pretextos para no actuar, o discusiones bizantinas de cenáculo.

**A**unque algo se ha hecho en los últimos años para modificar eso, pensamos que no es bastante: ante todo no se ha ahondado suficientemente en los análisis, y aun nos movemos, en lo que corresponde a buena parte de la realidad, al nivel de aproximaciones, análisis parciales, generalizaciones apresuradas e inadecuadas y, además, ocurre que la realidad mundial y la nacional han sufrido cambios profundos en los últimos veinte años, que no han sido suficientemente considerados desde la perspectiva de nuestro país. La relación de fuerzas entre el mundo socialista y el capitalista ha cambiado, la situación interna en cada uno de esos orbes se ha modificado, en el Tercer Mundo han ocurrido cambios profundos, y todo eso no es suficientemente conocido y tenido en cuenta entre nosotros. Lo mismo ocurre en relación a nuestro propio país: fenómenos como la significación precisa del peronismo no han sido suficientemente analizados, cambios como los que ha ocurrido en la composición de nuestras clases sociales no han sido estudiados. Aun nos movemos con análisis que, además de ser en los mejores casos bastante aproximativos, han dejado de tener vigencia hace diez o más años.

**E**n ese sentido, y para eso, es que también nos une otra cosa: la reivindicación de la reflexión como acción política, de la crítica como actuar. Y, en eso, reivindicamos también el proyecto, la intención de esta revista.

La lucha ideológica tiene una doble faz: por una parte, significa el análisis de la realidad social, así como de la experiencia práctica (o dicho de otro modo, de lo "dado" y de la acción dirigida a transformarlo, que se constituye también en conocimiento), a fin de encontrar guías para el obrar. Por otra parte, la crítica de las ideologías (y, por lo tanto, de los proyectos) que tienden a impedir el conocimiento y la acción liberadoras. Es decir, la lucha contra la mitificación.

La tarea no se reduce entonces, no puede reducirse, al solo examen de las estructuras económicas, de las clases y de su relación entre ellas, de la acción económica y política de los grupos locales explotadores y del imperialismo: la sociedad es una estructura total, compleja y cerrada, en la que cada uno de sus elementos es influido por los otros y a la vez, influye sobre ellos. La economía condiciona lo político, lo jurídico, lo cultural, pero, a su vez, resulta condicionado y modificado por lo que suele llamarse "la superestructura". Si no fuera así, realmente las tareas revolucionarias por la demolición del capitalismo y la conquista del poder para la construcción del socialismo serían imposibles. Esto es obvio, y fué dicho bien claramente hace mucho y muchas veces, pero es continuamente olvidado. Y no es bueno que sea así, y que esas áreas del campo de batalla se dejen en un plano secundario o

nas identificables y concretas a un fantasmal y vasto cuerpo de regentes de imprenta, tipógrafos y linotipistas, condenados a decidir lo que puede y debe leer el pueblo argentino. No es su voluntad o su capacidad lo que los mueve a realizar este trabajo "voluntario", sino, simplemente, el miedo. El miedo de perder sus fuentes de trabajo, el riesgo de ver sus imprentas clausuradas bajo la acusación de complicidad en la publicación de material subversivo.

Quién puede hacerlos responsables de no correr riesgos por una libertad que no se les aparece como propia? Quién puede acusarlos?

De todos modos está claro que no es sobre ellos que hay que centrar la responsabilidad. Según los casos, se avergüenzan o se muestran indiferentes por tener que asumir una conducta que evidentemente les incomoda. Rechazan los materiales con argumentos ambiguos, arguyen razones de trabajo. Tarde o temprano son sinceros. Cuando lo son, es imposible condenarlos. Por qué

han de asumir ellos, aislados, una actitud más heroica? Por qué han de arriesgar su comercio, sus fuentes de trabajo? Esa heroicidad sólo se difunde cuando una gran fuerza colectiva se lanza a la lucha.

Como se ve, la razón de esta nota es sencilla: documentar un hecho, señalar los motivos que nos obligan a aparecer de este modo. Para nosotros, se trata de una prueba más de la necesidad de esta revista. Una prueba, queremos decir, de la necesidad de intentar un pensamiento crítico que analice la realidad nacional desde una perspectiva nacional y revolucionaria.

No nos sentimos particularmente perseguidos. Cómo podríamos sentir eso en un país prácticamente invadido, aunque el invasor esté apoyado en tropas nacionales? Simplemente sabemos que esto nos obliga a reiterar una ya vieja experiencia: frente a la opresión no existen más que dos caminos: O someterse. O luchar para forzarla, para romperla. Eso último intentamos, también por este medio.

# ¿EXISTE LA "BURGUESIA NACIONAL"?

*Ismael Viñas*

## 1. LA EQUIVOCADA RESPUESTA DE LAS "IZQUIERDAS"

**REFORMISMO E IGNORANCIA:  
EL PARTIDO SOCIALISTA.** En 1896, al aprobar su primer manifiesto electoral, el P. Socialista afirmaba: "Roquistas, mitristas, irigoyenistas, y alemistas son todos lo mismo. Si se pelean entre ellos es por apetitos de mando, por motivos de odio o de simpatía personal, por ambiciones mezquinas e inconfesables, no por un programa ni por una idea"

De ese modo tajante y superficial se desconocía que en toda sociedad capitalista, además de las contradicciones entre la burguesía y la clase obrera, existen contradicciones en el seno de la propia burguesía, entre las diversas capas que forman la clase dueña de los instrumentos y medios de producción. Y en relación a la Argentina se daba por liquidadas las contradicciones que existen entre la gran burguesía y la mediana y pequeña burguesía, entre el núcleo burgués-oligárquico ligado al imperialismo y los grupos burgueses con contradicciones económicas con el imperialismo.

Nuestro país era descrito como una sociedad en la cual aparecían colocados frente a frente dos grupos sociales: los capitalistas y el proletariado volatilizándose todas las "capas intermedias" existentes entre la clase obrera y la gran burguesía: clases medias, capitalistas medianos, pequeños y pobres.

Tan simplista descripción llevó al P. Socialista a ignorar la dinámica social real de nuestro país, a no tener en cuenta la compleja dialéctica que nace del conflicto entre el crecimiento de las fuerzas productivas internas, la acción del imperialismo, y la lucha de clases que surge de la explotación capitalista.

Bien conocido es lo que ese error inicial ocasionó al socialismo: como partido reformista "de izquierda" se convirtió en instrumento de la burguesía, en seguidista, y cayó en todos los oportunistas



El Partido Socialista en pleno gorilismo: Palacios y Américo Ghioldi con Lonardi, Zaval Ortiz, Alberto Mercier y Carlos Perette. Estamos en Octubre de 1955.

mos. Pero, además, fué reformista al revés: en lugar de apostar al desarrollo interno del capitalismo, esperando que de ese modo se pasara pacíficamente al socialismo, se opuso en los hechos al desarrollo capitalista local y apoyó a los grupos burgueses ligados al imperialismo, para terminar, (bien tempranamente) como panegirista del imperialismo mismo.

Colocado entre un "capitalismo atrasado", representado por partidos y dirigentes "incultos", (el capitalismo local con contradicciones con el imperialismo), y un "capitalismo civilizador" (el representado por los grupos burgueses ligados al imperialismo), ubicado en una posición en que el análisis económico y de clases carecía de importancia, lógico es que en 1930 Carlos Sánchez Viamonte describiera al radicalismo como: "... la separación de los momentos "régimen" y "causa"- a través de un aspecto cultural más que político. Una diferencia de carácter estético. La "causa" es, ante todo, "mal gusto". " (artículos recopilados en "El último caudillo"; con prólogo, epílogo y aval de Aníbal Ponce y Deodoro Roca). Lógico es también que Juan B. Justo saludara la intervención de Estados Unidos en Colombia y la "creación" de Panamá como un triunfo de la civilización, y que en el debate posterior justificara así la acción del imperialismo: "Con un esfuerzo militar que no compromete la vida ni el desarrollo de la masa del pueblo superior, esas guerras franquean territorios inmensos a la civilización. ¿Puede reprocharse a los europeos su penetración en África porque se acompaña de crueldades?" ("Teoría y práctica de la historia", 1931, IV tomo de las "Obras completas", pág. 125 y ss.).

AHIRA - Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Sabemos qué ocurrió luego. El socialismo describió al proletariado peronista que se lanzó a la calle el 17 de octubre del 45, como a hordas de delincuentes y "lumpemproletarios", movilizados por la policía; y ya en plena degeneración de todo pensamiento y acción de izquierda, por boca de su máximo vocero, Américo Ghioldi, aplaudió los fusilamientos de Junio de 1956 y formuló la siguiente doctrina: "para ser socialista no es necesario confesar la adopción de un sistema filosófico: pueden serlo kantianos, hegelianos, existencialistas, bergsonianos, materialistas e idealistas". ("Marxismo, socialismo, izquierdismo, comunismo y la realidad argentina de hoy", 1960), para agregar: "La historia del socialismo dice que la esperanza de que la clase obrera o proletaria se convierta en actor protagónico de la historia, no ha sido confirmada", (obra citada, pág. 128).

Tal derrumbe, que lleva de la incomprensión de la dinámica social y del "obrerismo" abstracto a colocarse en contra de la clase obrera muy en concreto, no es excepcional en nuestro país.

Si hiciéramos un cuadro de la mayor parte de nuestras izquierdas, podríamos separarlas por sus posiciones en tres sectores: unas, se plantean como obreristas e insurreccionales, pero no analizan ni (obviamente) comprenden la dinámica general de clases de nuestra sociedad, con lo que se convierten en sectas aisladas e impotentes; otras, se plantean como reformistas (aunque, claro está, en general lo niegan), sin comprender tampoco la dinámica real de clases local: su destino es el del P. Socialista; otras, en fin, tratan de partir del análisis de la dinámica general de clases, de las contradicciones interburguesas y de la acción dentro de nuestra sociedad del imperialismo, pero sin plantear en los hechos (aunque a veces sí verbalmente) la necesidad de la independencia de la clase obrera y de la conquista y destrucción por las armas del estado burgués: terminan (¿o empiezan?) colocándose al servicio de la burguesía; a veces, de la burguesía independiente; finalmente, de cualquier burguesía.

El ejemplo más "documentado" de cómo ese proceso puede darse a partir de actitudes insurreccionalistas y sectarias y de actitudes reformistas es, sin duda, el del P. Comunista.

**SECTARISMO,** El P. Comunista, nacido a la sombra de Lenin y de la revolución rusa de 1917, no podía desde luego ignorar expresamente el marxismo ni la existencia del imperialismo.

**REFORMISMO;** Pero ese conocer fué siempre abstracto, meramente literario, sin un real conocimiento ni del marxismo, ni del leninismo, que se utilizan para cubrir con citas cualquier posición, cualquier estrategia, cualquier táctica, y no como instrumento para analizar y

modificar la realidad. El P. Comunista no ha realizado nunca un análisis real del funcionamiento del imperialismo en relación con nuestra sociedad concreta, pues no ha analizado nunca (me refiero al análisis marxista) la estructura económica y de clases de la misma, cómo se han desarrollado y continúan desarrollando las fuerzas productivas internas, cómo de éstas surgen los diferentes grupos de la burguesía, sus comportamientos y contenidos reales, y como de allí surge y crece el proletariado y se originan también sus comportamientos en cada situación y momento histórico. Para el P. Comunista, el imperialismo se describe con un esquema general; al que se le agrega una descripción superficial de la estructura económica y social local. Luego se habla en nombre de la clase obrera, se predicán reivindicaciones y se postula un anti imperialismo genérico. Solamente van cambiando propuestas y denominaciones a medida que se salta de una posición táctica a otra, ninguna de las cuales parte del análisis de la sociedad nacional. De tal modo, sin reelaboración ni autocrítica, en nombre del revolucionarismo se desdeña al nacionalismo burgués y se lo llama facismo, en nombre de la lucha por la democracia se forjan alianzas con la burguesía proimperialista, y en nombre de la lucha por la democracia y contra el imperialismo se predicán tácticas que significan atarse a la política burguesa. Todo, no es más que cuestión de momentos diferentes, no de la corrección de errores. Al fundarse el núcleo que luego sería el P. Comunista, como escisión del socialismo, en su "Informe a la Internacional Socialista" de 1919, afirmaba: "... todas las fracciones políticas en que se subdivide la burguesía argentina son por igual conservadoras...", a la vez que sostenía la necesidad del "repudio enérgico y condena global de toda manifestación de nacionalismo", porque "los llamados intereses nacionales coinciden siempre con los intereses de la burguesía, pero nunca con los del proletariado de cada nación"; opinión que avalaba Rodolfo Ghioldi al escribir en "La correspondencia Sudamericana" (16 de Junio de 1926, año I, n° 5, pág. 11): "La lucha antiimperialista es, al mismo tiempo, la lucha contra la burguesía nacional".

Consecuentemente, al describir al radicalismo, se decía: "el yrigoyenismo tiene todas las características del nacional-facismo", pues mientras el alvearismo representaba a "los grandes terratenientes ligados al imperialismo inglés", el yrigoyenismo era el representante "de la burguesía industrial y de la burguesía agroindustrial ligada al imperialismo yanqui" ("La correspondencia Sudamericana", 30 de Abril de 1929).

Conocido es también lo que ocurrió después.

Durante la guerra de 1939, el P. Comunista olvidó el papel del imperialismo, y así fué como Victorio Codovilla llegó a afirmar:

"... Estados Unidos e Inglaterra han de llegar a un acuerdo con respecto a la política económica a seguir en América Latina, a fin de contribuir al desarrollo económico, político y social en un sentido progresista... ese acuerdo deberá basarse en la cooperación de estas dos grandes potencias con gobiernos democráticos y progresistas de América Latina para el cumplimiento de un programa común, que al mismo tiempo que brinde un mercado diez o veinte veces superior al actual para sus capitales, sus maquinarias y sus productos industriales, contribuyendo al desarrollo independiente de la economía de estos países, le permita en pocos años liquidar el atraso en que viven..." ("En marcha hacia un mundo mejor").

Esto se ligó a la lucha contra el peronismo, calificado también de facista, y a la política de la Unión Democrática.

Al referirse a la Unión Democrática, el P. Comunista la describía así: "Saludamos a la Unión Cívica Radical, que ha salvado la herencia de Alem, Yrigoyen y Alvear cuando declaró la incompatibilidad intransigente entre la calidad de miembro del partido y la condición facistizante de colaboracionista; saludamos la reorganización del Partido Conservador, operada en oposición a la dictadura... y que en las horas sombrías del terror mantuvo, en la persona de don Antonio Santamarina, una envidiable conducta de dignidad civil;... etc..." (R. Ghioldi, "Los comunistas al servicio de la patria", 1945, pág. 5), al tiempo que a la multitud lanzada a la calle el 17 de Octubre, se le aplicaba esta descripción para ella: "...también se ha visto otro espectáculo, el de las hordas de desclasados haciendo la vanguardia del presunto orden peronista. Los pequeños clanes con aspecto de murga que recorrieron la ciudad, no representan ninguna clase de la sociedad argentina. Era el malevaje reclutado por la policía y los funcionarios de la Secretaría de Trabajo y Previsión para amedrentar a la población" ("Orientación", 24 de Octubre de 1945).

**LA DISCUSION TEORICA ES INUTIL?** Pero, se dirá, poco importa de todo esto, que ya es historia antigua, pues el Partido Socialista tal cual era ha dejado de existir, y el P. Comunista se ha modificado, a la vez que ha sido superado por otras corrientes de izquierda que ya forman una fuerte tendencia en el continente.

Menos importa aún, se agregará, porque ya no estamos en 1890, en 1930 o en 1945, momentos en que interesaba fundamentalmente saber si existían sectores burgueses nacionalistas, capaces de dar nacimiento a fuertes movimientos de masas, arrastrar detrás de sí a la clase obrera y tomar el poder político para inten-

AHIRA - Archivo Histórico de Revistas Argentinas

tar crear un centro capitalista autónomo, una nación burguesa real. Hoy, se añadirá, no existen tales posibilidades, y la lucha por la liberación nacional es exclusivamente una lucha de clases, del proletariado con el imperialismo y sus asociados de la burguesía local. En todo caso, en la lucha misma se verá qué sectores no proletarios se pliegan al bando popular, y esto indicará que es estrategia o tácticas seguir con ellos.

Como es sabido, tal razonamiento es hoy el de muchos grupos de izquierda, algunos de los cuales declaran, incluso, que todas las discusiones teóricas son inútiles, y que la revolución es solamente un problema de "querer hacer la revolución", siendo el reformismo y el revisionismo meros resultados de fallas de la voluntad.

## 2. POR QUE LA DISCUSION ?

Las cosas no son tan simples.

1- En primer lugar, la lucha no se gana sólo por la acción de un grupo de voluntarios, por heroicos y eficaces que sean, si en la clase obrera y en las clases populares perduran esperanzas en salidas burguesas y reformistas. La lucha por la liberación es una lucha de clases, y eso significa que es necesario que se logre que la clase explotada participe en la lucha activa dirigida por su vanguardia, y que los opresores no cuenten con el apoyo de las clases populares. Caso contrario, los revolucionarios se verán aislados, cuando no enfrentados al pueblo, y serán indefectiblemente batidos y vencidos.

Es necesario ganar la batalla ideológica, la batalla de las conciencias. Es necesario crear la conciencia de la clase obrera; ganar militantes, simpatizantes, y destruir el poder del enemigo. Y, por lo tanto, es necesario dar la batalla teórica no sólo contra la ideología del imperialismo y de los grupos burgueses asociados al mismo, sino también contra teorías de izquierda que, al proponer formas de acción erradas, desvían a numerosos miembros de la clase obrera y a muchos individuos de otras clases que podrían ser conquistados para la lucha, hacia una militancia que contribuye a retardar el proceso.

Y es bien sabido que eso ocurre en nuestro país, donde en particular el reformismo de cualquier pelaje encuentra una fuerte base de sustentación entre la numerosa pequeña burguesía, en las vastísimas clases medias, y aun entre sectores relativamente privilegiados de la clase obrera.

AHIRA - Archivo Histórico de Revistas Argentinas

El socialismo se ha dividido al máximo, y algunos grupos se han alejado totalmente del viejo tronco. Pero aún tienen cierto prestigio su pasado y algunas de sus figuras y eso atrae en relativa cantidad a individuos inexpertos, al menos entre la juventud de clase media y entre algunos sectores obreros.

El P. Comunista, a su vez, ha llegado en los últimos tiempos a una "adaptación" de sus viejos esquemas, pero no a mejorarlos. Ha desempolvado un poco su teoría del frente democrático de los años 35-55, para transformarla en la teoría del "frente democrático antiimperialista", el que daría lugar, a su vez, a la formación de un "gobierno de amplia coalición democrática", con su participación. Tal hipotético gobierno realizaría profundas tareas de transformación de nuestras supuestas estructuras "semi-feudales" y la expulsión de los monopolios imperialistas ( lo que se traduce en la consigna de "revolución agraria y antiimperialista" ), con lo que el país desembocaría por "la vía pacífica" en el socialismo. (\*)

Esto ha llevado al P. Comunista a apoyar en 1955 a Rojas contra Lonardi, en pro de la democracia ( mientras se "exigía" el ingreso a la famosa "Junta Consultiva" ); a alimentar ilusiones sobre Frondizi aun en 1959; a poner esperanzas en los supuestos generales nasseristas, en los "azules", en el "giro a la izquierda" representado por Framini en 1962; a hacer combinaciones con Vandor en la CGT; a alinearse detrás de Illia; etc. Es decir, a correr detrás de la política burguesa.

Y sería ingenuo negar la influencia que ejerce el P. Comunista, desviando hacia el reformismo no sólo a numerosos sectores de clase media sino también a sectores obreros. Téngase en cuenta que el P. Comunista goza de la ventaja de representar ante los ojos comunes prácticamente "a la izquierda", pues se beneficia del

-----

(\*)

Esta descripción no es una caricatura, sino la síntesis de una fórmula que permanece más o menos inalterable desde 1955.

En el "Informe" rendido ante la VII Conferencia Nacional del P. Comunista" ( 14 / 16 de Abril de 1967 ) Arnedo Alvarez sostuvo una vez más que la "política... nacionalista burguesa, ... es contraria a los intereses de la clase obrera" ( "Arraiguemos más y más la organización partidaria entre la clase obrera y el pueblo", Ed. Anteo, pág. 22 ). Claro que atribuye esa "política" a los dirigentes sindicales "Prado, Cavalli y compañía"... que son precisamente, no sólo reformistas traidores a su clase, sino sindicalistas proimperialistas, antinacionalistas; con lo que el P.C. sigue de - mostrando su ignorancia respecto de qué es el nacionalismo.

prestigio de la Unión Soviética, y del que le provee su propia 'maquinaria', así como del macartismo, que lo convierte en la víctima más notoria de una propaganda que no puede menos que ser global al atacar a todos los que, de cualquier modo, forman parte de la lucha también global contra el sistema.

Tenemos que distinguir, claro está, entre los enemigos frontales: el imperialismo, la burguesía asociada a él y sus representantes y voceros, de aquellos que forman parte de un modo genérico "del pueblo": burguesía independiente, clases medias, partidos reformistas, tendencias populares de los partidos tradicionales, y no confundirlos en la misma bolsa. Puede decirse que a unos se los combate y denuncia, mientras que a otros se los critica, para usar una fórmula fácil. Pero eso no debe impedir, sino que exige la lucha ideológica.

2- Pues no sólo ocurre lo que he señalado. También aparecen tendencias que, en gran medida por el descrédito de aquella izquierda, incurrían a su vez en desviaciones que perjudican el avance de la revolución en nuestro país:

LA NUEVA a) Ante la supina ignorancia de lo que ha sido y es la dinámica general de clases en nuestro país de parte de la izquierda tradicional, y ante el enorme peso de la clase obrera que se agrupa en su conjunto en un partido de objetivos e ideología burgueses, el peronismo, aparecen tendencias que, por el descrédito de "esa izquierda", abandonan la izquierda y se lanzan al populismo, detrás de la espontaneidad del proletariado, buscando ligarse a él, no aislarse, lograr eficacia, etc. Lo quieran o no, se ponen al servicio de la política de la burguesía menor, hoy a la defensiva, y de los dirigentes sindicales reformistas, dueños de las poderosas máquinas sindicales, actuando como ala izquierda de un partido burgués, con lo que ayudan a su dirección a mantener a la clase obrera sometida a la burguesía.

-----  
Para no alargar este trabajo recargándolo de citas, recomiendo leer nada más que "Nueva Era" del 7 de Agosto de 1960, pág 593, en donde se llama a un "Frente Democrático Nacional" para combatir al gobierno de Frondizi, y el folleto de Codovilla "Luchemos unidos para abatir a la dictadura y por un gobierno verdaderamente democrático y popular", donde se llama a "luchar en común... por un gobierno de amplia coalición democrática" que reemplace a la dictadura "clerical militar de tipo corporativo facista" de Onganía.

b) Paralelamente, como reacción ante el reformismo burgués del peronismo y el reformismo "socialista" del P.Comunista, ante el quietismo pacifista de éste y la impotencia del peronismo, aparecen el superizquierdismo obrerista, que lleva al sectarismo y al aislamiento, y el "voluntarismo", que confía en impulsar la revolución por la producción de hechos violentos sin trabajo político ni de masas, lo que lleva a sangrientos fracasos infructíferos.

c) Del mismo modo, y como réplica a esa vieja izquierda que ignora las contradicciones secundarias que existen en el seno de la burguesía, o que busca contradicciones donde no las hay, dejando de lado las que efectivamente existen, aparece lo que se ha dado en llamar a sí misma la "izquierda nacional". La vieja izquierda se mueve para analizar las contradicciones interburguesas, cuando lo hace, en el terreno de las superestructuras y no a partir del análisis económico. La "izquierda nacional", parte del análisis económico, descubre esas contradicciones interburguesas, encuentra que existen grupos burgueses cuyo desarrollo choca con la opresión imperialista, a los que llaman "burguesía nacional". Pero, a partir de allí, idealizan de tal modo la capacidad de lucha de esos grupos, convirtiéndolos en "nacionales" y antiimperialistas por esencia, que se transforman en panegiristas de la burguesía menor. Así, pues, para ellos, la contradicción fundamental en un país capitalista como el nuestro, la contradicción entre la burguesía y la clase obrera, queda expresamente postergada, y ocupa su lugar el conflicto interburgués: "La contradicción entre un capitalismo agrario... manejado por el bloque de los terratenientes, el capital comercial importador y el capital imperialista, por un lado, y el resto del país colonizado por el otro, es la contradicción fundamental... Esta contradicción es la que define el contenido nacional democrático de la revolución argentina... La naturaleza de esta contradicción determina las peculiaridades de nuestro desarrollo político-social... Pero... es en el desarrollo de esta contradicción fundamental, asumiéndola, que el proletariado podrá elevarse a la jefatura de todos los oprimidos" (J.E. Spilimbergo, "Izquierda Nacional" n<sup>o</sup> 6, pág. 9). No es extraño que Ramos termine proponiendo "una interpretación ecuaníme de los acontecimientos de la Semana Trágica", que habría que atribuir a la "provocación de Vasena", a "la policía", y a "los anarquistas que... amplían la naturaleza del conflicto". ("Revolución y contrarrevolución en la Argentina", 1965, T.II, pág. 242), y no, por supuesto, a la composición de clase del gobierno yrigoyenista. O defendiendo en estos términos a los terratenientes: "Si el latifundio es funesto en América Latina, pues es sinónimo de falta de productividad, el latifundio en la Argentina reviste características opuestas" ("De

octubre a setiembre", Ed. P. Lillo, 1959, pág. 321, anteriores y siguientes ).

3- Finalmente: no puede montarse una política revolucionaria, una correcta política de la clase obrera, sin un análisis igualmente correcto de la composición de clases de nuestra sociedad, de sus contenidos reales, de la relación de fuerzas entre las mismas. La más dura voluntad revolucionaria, la mayor abnegación, acompañadas de las dotes personales más brillantes, serán inútiles, y conducirán al fracaso, si no están afirmadas en aquella sólida base. Sólo a partir de ésta se podrá elaborar estrategias y tácticas correctas. Sólo a partir de tal conocimiento científico podrá ser eficaz el arte político del revolucionario.

En lo que respecta a nuestro país, tal problema plantea interrogantes especiales referidos a las siguientes cuestiones: ¿nuestra estructura económica tiene aún rasgos feudales, o nos encontramos ante una economía capitalista, con rasgos "deformados" y "atrasados" debido a la dependencia respecto de los centros imperialistas? Dando por respondida esa pregunta en el segundo sentido: \*) ¿cuál es, entonces, la relación de la clase obrera con las demás clases? Esto, nos envía necesariamente a plantear cuál es el grupo social dominante, a averiguar en qué grupos o capas se divide la burguesía local, y a establecer qué papel juegan los mismos en una estrategia de la clase obrera dirigida hacia la conquista de la liberación nacional. Respecto de ello, cobra especial relieve el establecer si existen grupos burgueses oprimidos, qué capas los forman, el poder relativo de los mismos y su actitud frente al imperialismo. Para complementar el cuadro, resulta necesario establecer la fuerza y el papel posible de las llamadas clases medias, cuyo peso cuantitativo surge como un hecho imposible de ignorar de cualquier lectura estadística y aún de la mera experiencia directa.

La breve e incompleta descripción de las posiciones de la izquierda respecto a tales problemas, sólo quiere mostrar cómo análisis defectuosos han servido para originar ( ¿o sustentar? ) posiciones incorrectas, desviaciones, que llevan a uno u otro tipo de callejón sin salida. Pero antes de proseguir, me parece necesario agregar aún algunas precisiones al respecto.

-----  
(\*)

No creo del caso discutir aquí esa cuestión ( por simple falta de lugar ), pero la creo absolutamente dilucidada ya. Tal vez en otro momento resulte útil volver sobre el tema.

Podemos anotar tres variantes constantes, por decirlo así, de interpretaciones aventuradas: una tendencia, lleva a sostener que en nuestra burguesía no existe contradicción interna digna de mención, por lo cual puede desdeñarse toda posibilidad, progresista en su seno, para tratarla como un bloque enemigo. Otra tendencia, apuesta a la posibilidad del desarrollo general del capitalismo, y, en ese marco, de nuestro desarrollo capitalista local, como parte más o menos "provinciana" del orbe capitalista, y, por lo tanto, cree posible un reformismo "dependiente"; para decirlo de algún modo. Otra tendencia aún, exagera las contradicciones en el seno de nuestra burguesía, y ve en ella sectores capaces de enfrentar al imperialismo y conducir un proceso de desarrollo capitalista local hasta dar paso al socialismo.

Ejemplos de la primera tendencia los encontramos en el primer socialismo (desde 1890 a 1898), en el anarquismo, en el P. Comunista hasta 1935 aproximadamente, en el actual troskismo bajo su forma superizquierdista, (P.O.R.T.), y, en general, en el superizquierdismo. De la segunda, en el P. Socialista desde 1898 hasta las divisiones de 1959-60, y en el P. Comunista durante la segunda guerra mundial. De la tercera, en la "izquierda nacional" y en el P. Comunista en su etapa actual.

Como es bien sabido, la historia se ha dado el gusto de dejar mal parados a unos y otros:

aparecieron grupos burgueses nacionalistas que, liderando a las clases populares, intentaron al mismo tiempo crear un centro capitalista autónomo, una nación burguesa, y extender la democracia en base al reformismo social. Pero a la vez esos intentos demostraron su impotencia de fondo, al retroceder ante la necesidad de enfrentar en una guerra a muerte al imperialismo y a los sectores gran burgueses ligados al mismo, frente a los que cayeron finalmente derrotados sin lucha. Su debilidad intrínseca ante el sector dominante de su misma clase, la terminación de ciclos económicos expansivos que permitían un nacionalismo y un reformismo relativamente fáciles, y el temor a las clases populares que lideraban (el temor a la guerra social, en fin), les imposibilitaron su tarea.

Hoy, sin embargo, perduran las actitudes ya clásicas. De nuevo reaparecen o se mantienen impávidas las tendencias que han cubierto de esterilidad el pasado de nuestras izquierdas, lanzándolas ya al superizquierdismo, al sectarismo y al dogmatismo, ya al oportunismo, al reformismo y al seguidismo.

Eso impone que, al mismo tiempo que revisamos el pasado para entenderlo mejor y extraer de él enseñanzas, analicemos el presente sin prejuicios, para saber en donde estamos.

Estos apuntes tienden simplemente a acotar el problema, sin pretender por cierto patente de originalidad ni agotarlo. Muchos han arado antes en el terreno ( y no es poco lo que debemos agradecer a honestos especialistas burgueses que, en sus estudios parciales técnicos, supieron ver muchas veces más allá de lo que veía la izquierda ). Y es necesario agotar bastantes investigaciones para desbrozar el camino de la maraña de discusiones inútiles que lo cubre

Lo que pretendo ahora, sobre todo, es fijar algunas líneas básicas sobre la composición y tendencias de los grupos de nuestra burguesía, para tratar de sistematizar una discusión que, espero, ha de llevarse más a fondo en esta misma revista.

El problema, creo, debería centrarse sobre una pregunta: ¿ existe en nuestro país una "burguesía nacional", contrapuesta a la "burguesía oligárquica", ligada al imperialismo?.

La cuestión está oscurecida por la traslación de conceptos válidos para otras realidades y la imprecisión en el manejo de los términos, sobre todo, ocurriendo no pocas veces que ambos errores van juntos, produciendo una confusión inextricable.

Por ejemplo:

### **3. OLIGARQUIA. ESTANCIEROS. CHACAREROS. PEONES.**

Se traslada a nuestra realidad apreciaciones válidas gruesamente para Europa, y se contrapone la "burguesía" a la "pequeña burguesía", entendiéndolo por la primera a los "grandes propietarios" y por la segunda a los pequeños propietarios, pero también a las clases medias típicas ( los empleados, los profesionales libres, etc. ) . De tal modo, se habla del radicalismo como de un partido de "pequeña burguesía" opuesto al conservadorismo, al que se presenta como a un partido de "grandes propietarios" territoriales dejando de advertir que, en realidad, el radicalismo ( el yrigoyenista ) estaba formado efectivamente, en cuanto a cuadros y "masa", por miembros de las clases medias, pequeño-burgueses y proletarios y semiproletarios, pero que su eje estaba formado por ganaderos medianos de la "pampa húmeda" ( y en especial de Buenos Aires ) asociados a burguesía "antigua" del interior, incluidos grupos como numerosos latifundistas del norte de Santa Fe, por ejemplo; y se olvida que también el conservadorismo arrastraba "su" masa de pequeña burguesía, clase media y peones rurales. Del mismo modo, se hace de la palabra "oligarquía" un término vago y confuso, asimilado más o menos a los grandes terra-

La primera presidencia: Yrigoyen sale de la Sociedad Rural acompañado por Joaquín S. de Anchorena y el ministro Alfredo Demarchi...



tenientes, a la vez supuestos únicos componentes de los grupos que han gobernado al país durante los períodos conservadores. Paralelamente, se entiende muchas veces (así lo hace en general el P. Comunista) que "grandes terratenientes", son, en nuestro país, los propietarios de dos o tres mil hectáreas para arriba, aplicando una medida que puede ser válida para otros países pero no para el nuestro.

Si la palabra "oligarquía" puede alcanzar alguna claridad, debería reducirse a "gran burguesía", teniendo en cuenta que entre nosotros parte de la misma puso muy rápidamente capitales no sólo en el campo y la cría de ganado, sino en la industria, en el comercio y las finanzas; y que "gran propietario" territorial- parte y corazón de la gran burguesía- en nuestro país es el que posee varias decenas de miles de hectáreas; en la Provincia de Buenos Aires, el propietario de dos o tres mil hectáreas no es sino un estanciero "mediano", y en la Patagonia no excede esa categoría el propietario o poseedor de diez o veinte mil hectáreas semi-desérticas.

Para dar una idea de lo que quiero decir, y señalando que esto está ligado íntimamente con la aclaración anterior, doy algunos datos ilustrativos:

Los Anchorena, agraciados por la enfiteusis de Rivadavia y por Rosas, su socio, tenían 154 leguas de campo Y Sarmiento (citado por J. Oddone en "La burguesía terrateniente argentina") afir-

maba que 825 propietarios eran dueños en 1840 de 52.000 millas cuadradas, tres veces la superficie de Inglaterra. Como se sabe, el reparto continuó bajo los gobiernos posteriores a 1853: Roca se hizo premiar con 20 leguas, y, para citar sólo un caso, a don Juan Temperley le otorgaron (en 1887) 500 mil hectáreas en el territorio de Chubut. Pero no se vaya a creer que esto es cosa del pasado: en 1948, en la provincia de Buenos Aires, tres sociedades anónimas poseían 1.152.000 hectáreas.

Como contrapartida, recuérdese que Yrigoyen era suficientemente rico como para haber podido vender una estancia en 1893, con lo que proveyó a los gastos de la revolución de ese año en su baluarte, la Provincia de Buenos Aires, y repetir una operación similar para la revolución de 1905. Pero, tómese esto al pie de la letra, era sólo un estanciero mediano, un "vasco enriquecido": sus ventas le produjeron ambas veces alrededor de un millón de pesos de la época, así como hoy la sucesión de un tambero rico puede tasarse en los 150 millones de pesos, calculando a cien mil pesos la hectárea, que es lo que valen las tierras buenas en Buenos Aires. También Lisandro de la Torre era un estanciero de este tipo, y su antiimperialismo de 1935 proviene de que descubrió que entre él y la oligarquía real, aunque perteneciera al Círculo de Armas, había una gran diferencia cuando se trataba de conseguir créditos en el banco y de vender a los frigoríficos.

**EL VERDADERO "CAMPE-SINO" ES RELATIVAMENTE ESCASO** Igualmente, resulta necesario aclarar muchísimas cosas con respecto a lo que es en realidad el "campesino", porque ya se han producido múltiples confusiones en el pasado por la traslación mecánica (y a veces mal comprendida) de las fórmulas bolcheviques, y porque ahora vuelve a ocurrir lo mismo con las fórmulas válidas para China, Viet Nam o países latinoamericanos profundamente diferentes al nuestro.

Ante todo es necesario recordar, aunque parezca mentira, que "campesino" no quiere decir todo aquel que trabaja en el campo, en el vocabulario marxista clásico (y obviamente en Lenin). Campesino es el propietario de sus instrumentos de producción, el burgués, grande, mediano o chico, rico, pobre o pobrísimo. El que trabaja para otro (peón, jornalero, mensual) es un obrero rural. Entre nosotros existen chacareros (campesinos) capitalistas de varias categorías y obreros rurales, no el campesino semi-siervo de la Rusia zarista, ni el campesinado ávido de tierras de la mayor parte de Latinoamérica.

Según los censos de 1947, existían 1.600.000 personas trabajando en actividades agropecuarias y forestales. De ellos, alrededor de 470.000 eran "patrones" y alrededor de 1.150.000 "dependientes".

AHIRA - Archivo Histórico de Revistas Argentinas

De los "patrones", unos 172.000 eran propietarios, y el resto comprendía a arrendatarios (157.000) y algunas formas variadas: medieros y tanteros (18.000), propietarios-arrendatarios, etc.

Descontados los estancieros medianos y chicos y los grandes terratenientes, una idea aproximada del significado económico y social de los propietarios de la tierra, nos la provee la extensión de sus parcelas (sólo aproximada, porque no existen datos sobre el valor de la tierra, que serían mucho más indicativos. Para tener una idea un poco más ajustada de la realidad, hay que recordar que en nuestro país los arrendatarios pueden no ser campesinos pobres, sino ricos chacareros y aun estancieros, que los propietarios pueden ser pobrísimos cuando son minifundistas, y que el valor de las explotaciones varía enormemente según las zonas: en la pampa húmeda, un chacarero dueño de 100 hectáreas puede ser un pequeño millonario, mientras que la misma extensión en otras zonas puede carecer de valor alguno). Aclarado esto, las cifras estadísticas sirven de algo:

Los pequeños establecimientos de hasta 25 hectáreas son en nuestro país alrededor de 160.000, pero hay que tener en cuenta que en este grupo nos encontramos con ricos establecimientos dedicados a la horticultura o a la floricultura en los alrededores de la ciudad de Buenos Aires, por ejemplo, y verdaderos minifundistas paupérrimos en Tucumán, La Rioja o San Luis. Los establecimientos de entre 25 y 500 hectáreas, que constituyen desde chacras ricas a estanzuelas, pero también posesiones muy pobres, suman alrededor de 240.000. Nos encontramos, en verdad, con una vasta gama que va desde verdaderos pequeños burgueses ricos a lo que podría calificarse de lumpempropietarios, pasando por pequeños burgueses pobres. Y puede advertirse que el peso de la pequeña burguesía rural es relativamente fuerte en el conjunto, formando hoy, en general, una capa conservadora rica, como el famoso núcleo de la "zona del cereal": sur de Santa Fe y de Córdoba, parte de Buenos Aires.

Y aquí, es necesario hacer algunas aclaraciones más:

**SOMOS UN PAIS URBANO** En primer lugar, se advierte claramente que el peso numérico del total de la población agraria es escaso en relación al país, predominantemente urbano: de acuerdo con el criterio de nuestros censos, de considerar "urbana" a la población que vive en centros de dos mil habitantes o más, cerca del 65 % del país se encuentra en esa categoría; pero aun tomando sólo las ciudades de más de veinte mil habitantes, se puede calcular que el 50 % de la población vive allí.

En segundo lugar, debe considerarse que de las ciudades y centros

dos de conciencia de estos grupos varían con las circunstancias históricas. Hoy, el chacarero de la pampa húmeda es rico, conservador y "siente" la presencia de la clase obrera urbana, cuya sola existencia, agregada a su experiencia concreta, aumenta su conservadorismo. Desde 1890 a 1920, en cambio, este mismo grupo, sumamente oprimido por las deudas con que se había iniciado, así como por los abusos de los arriendos y de los monopolios comercializadores, tenía fuertes contenidos rebeldes, de lo que han quedado constancias en los movimientos campesinos de fines de siglo, de 1912 y de 1919. En oportunidades, los chacareros llegaron a firmar pactos (si bien efímeros) con los peones rurales y los sindicatos obreros. Esto, con todo, puede repetirse en situaciones críticas, como lo han demostrado los acuerdos formados por los cañeros independientes de Tucumán con la FOTIA y la CGT local. De esos pactos, claramente, pueden extraerse algunas experiencias:

los burgueses y pequeños burgueses rurales no reclamaron la propiedad de la tierra ni más tierras, sino precios justos para los arrendamientos y sus cosechas, y medidas dirigidas a controlar la comercialización. El fracaso de los pactos, originado en las contradicciones entre grupos capitalistas y proletarios, se han debido a la impotencia política del proletariado para liderar a la pequeña burguesía rural, por falta de una organización política que expresara a la clase obrera y asumiera la conducción del proceso más allá de los límites reivindicativos limitados al terreno económico en que se ha planteado en todos los casos.

Para completar el panorama, y comprender lo que significa en su conjunto el sector rural argentino, debe tenerse en cuenta: en cuanto al proletariado rural propiamente dicho, que éste se encuentra muy poco concentrado en los lugares de trabajo, con excepción de las zonas de agricultura industrial (caña, vino, tabaco, etc). Esto, aunque da a algunos núcleos un gran peso social relativo en su zona (como el de los obreros industriales y rurales de Tucumán), les quita peso en el conjunto de la sociedad global.

Finalmente, debe tenerse en cuenta que el número de establecimientos de 500 a 1.000 hectáreas oscila en los 15.000, el de mil a cinco mil en los 20.000, y el de cinco a diez mil en los 3.500, lo que nos da un fuerte sector de burguesía mediana, pues aunque el número de establecimientos no coincide siempre con el de propietarios, ya que un único propietario puede tener varios establecimientos (sobre todo en la escala superior), podemos aceptar una coincidencia básica entre una y otra cantidad, y aquí, en general, nos encontramos ante la capa de burgueses rurales ricos y muy ricos, pero que no constituyen la oligarquía propiamente hablando. La "oligarquía" está fundamentalmente apoyada en cerca de 2.100

establecimientos, concentrados en bastantes menos manos, de diez mil hectáreas para arriba, que cubren de 54 a 55 millones de hectáreas sobre el total de 170 millones de hectáreas explotadas en el país, es decir, el 31-32 % de la tierra en uso. (\*)

La característica desde hace varios decenios en el campo es hacia el aumento de los minifundios y de los latifundios, lo que se complementa en estos últimos años (a partir de 1955-58) con la adquisición de vastas extensiones de tierra por monopolios norteamericanos, política que no seguían los monopolios ingleses en su momento de predominio. También este dato significativo debe ser tenido en cuenta para cuando examinemos la dinámica de nuestra burguesía rural.

Pero puede establecerse ya una conclusión: en nuestro país la clase obrera urbana es poderosa no sólo cualitativa sino también cuantitativamente. Es, por sí sola, una "masa popular" predominante. El "campesino" puede y debe ser atraído como aliado de la clase obrera, pero no puede jugar el papel que tuvo en la revolución rusa, ni mucho menos el que cumplió en la revolución china, cubana o vietnamita, ni desde el punto de vista cualitativo ni desde el cuantitativo.

#### 4. MONOPOLIOS Y BURGUESIA PROIMPERIALISTA E INDEPENDIENTE EN LA INDUSTRIA.

Con la industria, a la izquierda le ha ocurrido en nuestro país algo similar. Durante un tiempo, como se ha visto, la izquierda despreció solemnemente el papel de la industria en manos de capitalistas locales independientes, negándole importancia, considerando que su existencia era negativa, o entendiendo que era un simple apéndice del imperialismo.

Luego sonó la hora de la "reivindicación industrialista". De atender a la misma, representada tanto por el desarrollismo de Frondizi y Frigerio como por gente que se proclama marxista (Astesano, Abelardo Ramos, Puiggrós), la historia de nuestro país es una especie de lucha épica entre la industria y los terratenientes, la primera destinada a liberarnos del papel de país dependiente, los segundos empeñados en mantenernos en la condición de país

-----  
(\*)

Uso fundamentalmente el censo de 1947, por la poca utilidad del de 1954. A los efectos que busco en el trabajo, los datos de aquel sirven aún.



"agro-importador".

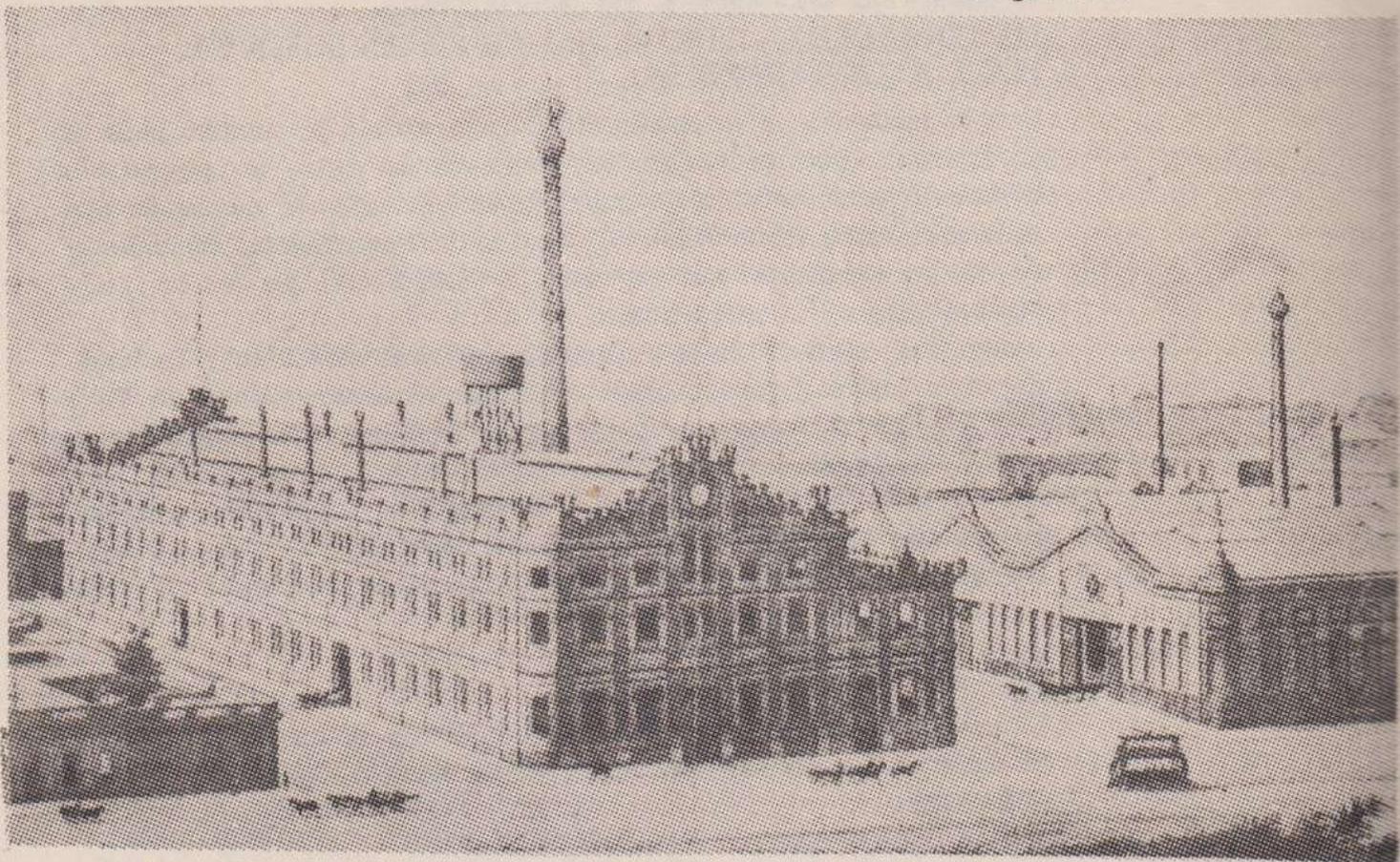
A esta confusión, suelen unirse otras: no entre quienes conocen algo el problema, pero sí entre los miembros de la izquierda en general, es creencia que la industrialización del país (y, por consiguiente, la clase obrera) hace su aparición después de 1930 o después de 1943. Y todavía persisten, sobre todo en grupos de origen troskista (caso del grupo que sacaba la revista "Fichas"), quienes aceptando la existencia de una burguesía industrial independiente, le quitan toda importancia y la reducen al papel de una pequeña-burguesía.

Salvo lo que sostiene esta última tendencia, que plantea un problema a discutir seriamente, las otras opiniones sólo pueden explicarse por ignorancia o mala fe.

En efecto:

Como fué aclarado ya hace bastante tiempo por hombres como Dorfman, la industria moderna nace en el país hacia 1875, dirigida especialmente al acondicionamiento de productos para la exportación y al consumo interno.

También debería ser claro, desde la misma obra de Dorfman al menos, que los capitales invertidos en esa industria eran tanto independientes como de los monopolios, perteneciendo a estos últimos las empresas más importantes en general.



Los primeros establecimientos metalúrgicos: los talleres de Pedro Vasena en Barracas

El mismo Dorfman señala en su obra fundamental (escrita antes de 1943) la existencia de tres etapas: una de 1875 a la primera guerra mundial, otra desde la misma hasta 1930, la tercera desde la crisis de ese año.

Hoy quizás podría señalarse una cuarta etapa: la que comienza en 1958 con el alud de penetración imperialista en el sector industrial y la consecuente concentración de capitales.

Los datos son elocuentes y no necesitan mayores explicaciones:

**EL GRAN SALTO INDUSTRIAL ARGENTINO : 1935 - 1948**

El censo industrial de 1887 registra 5.815 establecimientos con 42.321 obreros. El censo general de 1895, 8.439 establecimientos con 72.761 obreros. Para 1913 (tercer censo general) el número de establecimientos ha subido a 48.800, teniendo en cuenta la construcción - lo que no ocurre en los anteriores -, y el de personal ocupado a 410.000. Agregando la construcción, el personal ocupado sube en 1895 a 170.000.

Para comprender el significado de la comparación de estos censos con los posteriores, debe tenerse en cuenta que en los censos se incluyó hasta el de 1913 como industrias a los pequeños establecimientos que no son "empresas fabriles" propiamente dicho, tales como zapaterías, panaderías, sastrerías administradas solamente por sus dueños, y en el número de personas ocupadas también a los patrones. Corregido en ese sentido, el censo de 1913 arroja 39.189 establecimientos. El censo de 1935, con tales correcciones, arrojó un total de 43.207 establecimientos con 544.017 personas ocupadas.

Lo que ocurrió en los diez años siguientes (y que trae la mayor parte de las confusiones) es que el salto cuantitativo fue explosivo y modificó la relación industria-agro en cuanto a la producción.

En efecto, en el año 1946 nos encontramos con que se había más que duplicado el número de establecimientos industriales y de personas ocupadas en los mismos. Descontada la construcción, que no aparece en el censo de 1946, el número de establecimientos ha saltado de 39.054 en 1935 a 86.440 en 1946, y el número de personas ocupadas en la industria ha llegado, en este último año, a alrededor de 1.300.000 (también descontada la construcción). Esos diez años son, pues, los del gran salto industrial argentino, que se prolonga hasta 1948, en que comienza el estancamiento.

El otro problema que se plantea es el de los capitales extranjeros y nacionales. Conocido es como apenas aparecida la industria frigorífica, los capitales monopolistas barrieron todo intento independiente (el frigorífico Terrason, pionero en la materia, establecido en 1883) y la concentraron en sus manos, a partir de 1885. Lo mismo ocurrió en otros sectores de la industria: en la primera década

de este siglo, la banca Tornquist tenía participación preminente en: Compañía Azucarera Tucumana, Refinería Argentina, Talleres Metalúrgicos San Martín, Cotécnica, Ferrun Soc. Anon. de Metales, Tabacos Piccardo, Quebrachales Tintina, Cervecería Palermo, Geiger Zublin y Cia., etc., y Leng, Roberts y Cía. en Bodegas Tomba, Cervecería Palermo, Bagley y Cía., Talleres La Unión, etc. Este fenómeno es acompañado por uno paralelo: la concentración. Ya a principios de siglo es claro que las empresas más importantes, que proveen a la mayor parte de la producción y acumulan la mayor parte de la mano de obra, son un puñado, y que las mismas corresponden al capital extranjero o donde éste ha cobrado preminencia. Como en esta materia los datos son más difíciles de establecer y las comparaciones entre censos generales, especiales y parciales dudosas y a veces imposibles, es necesario recurrir a ejemplos indicativos. Así, para el ramo metalúrgico, en 1907, sobre más de 100 establecimientos, que daban ocupación a 15.000 obreros, solamente cuatro (O. Schnaith y Cía, Rezzónico Ottonello y Cía, La Acero Platense y P. Vasena e hijos) consumen el 50% de la materia prima. Adviértase que Schnaith está dominada por Tornquist y que Rezzónico, Ottonello y Cía. se fundió con Vasena para formar Talleres Metalúrgicos San Martín después de la primera guerra mundial, quedando también bajo el control de Tornquist.

**INDUSTRIA NACIONAL** Esto indica otro aspecto del proceso industrial en nuestro país :  
**E INDUSTRIA IMPERIALISTA** desde muy temprano, algunos grupos de la burguesía (tanto de origen oligárquico y terrateniente como "burguesía nueva") se asociaron a los capitales monopolistas, quedando en muchos casos como accionistas-gerentes. En el proceso posterior a 1935, esa tendencia no hizo sino extenderse, ocurriendo así que la gran burguesía se ha ido ligando también en este sector al capital imperialista, y, por lo tanto, resulta que es una fábula doble la de sostener que los monopolios y el imperialismo no tienen interés en invertir en la industria en nuestro país y que hay una lucha permanente entre "la oligarquía terrateniente y el imperialismo", en contra de la "industria nacional", formada por la "burguesía nacional". Lo que ha existido desde el comienzo es que los capitales monopolistas han tratado de dominar a la industria en los ramos que le interesaban, asociando a sí a empresas a veces creadas por capitales independientes, creando directamente empresas, y barriendo del mercado a competidores independientes que no eran absorbidos porque no se avenían a ello o porque no interesaban sus establecimientos.

Esto explica que la Unión Industrial haya estado siempre domina-

da por capitales extranjeros y que aparezcan en esa cámara patronal relaciones permanentes con la Sociedad Rural. También explica que personajes como Pellegrini, Victorino de la Plaza, Alvear y Pinedo hayan tenido sus "momentos industrialistas".

Efectivamente, la situación no ha variado, sino que, al revés, a partir de 1930, los capitales internacionales ( particularmente alemanes y norteamericanos ) se dirigen de preferencia a la industria: hacia 1909, el 80,6 % de esos capitales estaban invertidos en títulos de la deuda pública, servicios públicos y actividades agropecuarias. Para 1953, las industrias de transformación y el sector comercial y financiero representaban el 66%, y los servicios públicos sólo el 26,3. La concentración es paralela: en 1954, 1.126 establecimientos ( el 0,74% ) ocupan el 39 % de los obreros y sólo 69 establecimientos ( el 0,05 % ) aportan el 20 % de la producción. Para ese año ( nuevo censo industrial ), el número de establecimientos se estima en 181.800, y el personal ocupado en 1.536.500 individuos, pero debe tenerse en cuenta que vuelven a incorporarse todas las empresas,(aun las individuales ).

Del simple análisis técnico-económico de los últimos censos, surge que, por debajo de un número de fábricas realmente grandes, de más de 500 obreros, que alcanzan a 331 establecimientos en 1946, encontramos un crecido número de fábricas que podemos llamamar medianas y una extensa capa de empresas menores, debajo de las cuales, aún, existe una ancha capa de talleres. Para ese mismo censo: 2.545 establecimientos de 50 a 500 obreros; 10.000 de 11 a 50; y el resto (imás de 100.000!) de diez o menos.

Pero estas clasificaciones, lo mismo que las referidas a la concentración, sólo nos indican el tamaño técnico-económico de las empresas, y no el origen de sus capitales. La comparación con la guía de Sociedades Anónimas ( que sólo permite una aproximación por los apellidos de sus directores, indicativos de las conexiones inter-empresarias ), nos indica que la mayor parte de las empresas "grandes" y bastantes de las "medianas" de más de 200 obreros ( que alcanzaban en 1946 a 237 ), están ligadas o pertenecen a capitales de los monopolios internacionales. De todos modos, esto nos deja una vasta capa de empresas medianas de capitales en su mayoría independientes, a los que hay que sumar, sin duda, muchas de las "medianas mayores" ( de 200 a 500 obreros ).

Discusiones que han pretendido establecer el origen de los capitales según el régimen jurídico de las empresas, tratando de afirmar que las sociedades anónimas son de capitales extranjeros y las de otros regímenes ( responsabilidad limitada, colectivas ) de capitales independientes, son poco serias. En nuestro país, en efecto, muchas sociedades de capitales no sólo independientes sino de propiedad familiar o individual, han adoptado el régimen de las so-

ciudades anónimas para pagar menos impuestos y aun para obtener créditos más fácilmente. Lo único que puede admitirse como aproximación es que cuando se da conjuntamente una empresa "grande" bajo régimen de sociedad anónima y gran capital financiero, que oculte el origen de sus capitales, puede sospecharse que se trata de la filial de un monopolio.

En definitiva, nos encontramos ante una capa extensa de empresas medianas, entre las cuales un núcleo relativamente importante de "medianas mayores", que constituyen una burguesía independiente rica, no comparable en número ni riqueza en conjunto a la burguesía mediana rural (aunque sí en riqueza individual), pero en cambio, más concentrada geográficamente, más directamente vinculada entre sí, y con mayores y mejores formulaciones a su disposición de las que tuvo aquel grupo en su momento de auge.

## 5. LAS TRES CAPAS BURGUESAS.

De la muy breve y esquemática descripción anterior surge la existencia de lo que podemos llamar tres capas de nuestra burguesía en los sectores rural e industrial: una capa gran burguesa, de enorme poder, sumamente reducida en número, ligada a los monopolios internacionales, y que controla - junto con los monopolios - la propiedad y la producción; una capa de burguesía mediana, bastante numerosa, sumamente rica, que en conjunto posee una parte importante de la producción y de los capitales materiales locales (tierras, ganados, capital industrial instalado); y una pequeña burguesía sumamente extensa, con núcleos de burguesía pobre. Esto se repite en el sector servicios, casi sin variantes.

Resulta claro de lo dicho, por mera inferencia, que esa división no es tan neta como resulta de las palabras precedentes: por una parte, las tres capas presentan una gradación que hace que se confundan sus límites en cuanto al poder económico de algunos de sus estratos (y, por supuesto, de muchos de sus individuos), por lo que resulta algo arbitrario clasificar a algunos en uno u otro sector. Por la otra, y esto es en realidad más importante, ocurre que existen relaciones de diferente tipo entre la burguesía mediana y menor con la gran burguesía y los monopolios, que deben ser tenidos en cuenta para apreciar lo que significan realmente estos sectores de nuestra burguesía, y que, asimismo, las relaciones de la gran burguesía misma con el imperialismo no son tan simples como puede parecer a primera vista y suele creerse.

Todo está ligado con el papel de la burguesía en su conjunto y de

cada grupo de la misma en relación al imperialismo, y a los cambios que podemos advertir en cada grupo en diversas circunstancias históricas. A la vez, no puede analizarse la dinámica y tendencias burguesas sin tener en cuenta la existencia y poder del proletariado y el de otro sector de gran peso en nuestra sociedad local: las clases medias.

No se trata de una situación estática, sino dinámica, en la que hay que tener en cuenta, porque actúan entre sí de modos diversos: el crecimiento de las fuerzas productivas internas, las modificaciones en los centros imperialistas, los cambios producidos en el conjunto de la situación mundial, y como interactúan en sus relaciones entre sí las diversas clases y grupos de clase en esos marcos, y de acuerdo a los cambios que se producen en ellas. Es decir: sólo puede hacerse análisis correctos en términos históricos, y resulta incorrecto y lleva a resultados erróneos hacerlo en otros términos. He aquí la raíz de los errores en que caen aquellos que "esencializan" el papel de las clases, y que, por ejemplo, hablan de "burguesía nacional" como si existiera un sector burgués siempre de las mismas características y tendencias, que aumenta o disminuye en potencia, pero que mantendría siempre un papel invariable frente al imperialismo y a las clases populares, o de aquellos que, al revés, ignoran las cambiantes contradicciones que surgen en el seno de la burguesía en relación al imperialismo, como si estas relaciones pudieran ser, ellas solas, estáticas en un mundo cambiante.

Es imposible hacer aquí ese análisis histórico que exijo, por simples razones de espacio. En cambio creo útil señalar algunos elementos básicos, permanentes, con valor de verdaderas leyes sociales, pero variables en cuanto a su magnitud y efectos, mostrando a la vez algunos ejemplos que los ilustren.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que el crecimiento de las fuerzas productivas internas en una sociedad de nivel y formas de relación capitalistas, como la nuestra, se expresa en la aparición de tendencias hacia el desarrollo de un centro capitalista autónomo, o, dicho de otro modo, hacia la constitución de una nación burguesa. Esto se expresa en la burguesía en su conjunto, que tiende a tratar de ampliar y unificar el mercado interno, lo que sólo se limita en la medida en que choca con sus intereses inmediatos. Claro está: tal tendencia se da con mayor o menor fuerza en cada grupo burgués, según que sus intereses estén más ligados al mercado interno o a mercados exteriores, y sus capitales estén en mayor o menor medida ligados a capitales exteriores o dependan de algún otro modo de los monopolios. Esta regla está pues íntimamente relacionada con otra, que hace de nuestra situación dependiente: las tendencias nacionales de la bur-

guesía se limitan en proporción a su relación con el exterior en si  
tuación subordinada, al punto de que pueden sofocarse completa-  
mente.

NO TODA LA "OLIGARQUIA" Sé que esto puede sonar extraño, cuando aparentemente me estoy re-  
TERRATENIENTE firiendo también, sin excluirla, a la oligarquía. Admito en todo ca  
ES SOCIA so la extrañeza, y salgo al paso de ella: la mayor parte de nues-  
DEL IMPERIALISMO tra oligarquía no se asoció con el imperialismo a nivel de capita-

les, sino de intereses, unos como productores para los mercados  
exteriores imperiales o dominados por el imperialismo, otros, co-  
mo intermediarios en la distribución: vendedores, compradores o  
comisionistas. Sólo muy escasos grupos de esa gran burguesía  
se asociaron con sus capitales a los monopolios, y, contra lo que  
suele creerse, eso ha ocurrido mucho más a nivel industrial, co-  
mercial y financiero, que en cuanto a la producción agraria.

La mayoría de los grandes ganaderos, efectivamente, los de los  
sectores privilegiados, no eran ni son otra cosa que "vendedores  
preferidos". Así se relaciona con el imperialismo la mayor parte  
de los "invernadores", cuyo privilegio consiste en vender siempre  
a los frigoríficos, tanto en las épocas de extensión de compras co-  
mo en las de restricción temporaria.

Esto explica el papel jugado por los ganaderos, en diversos mo-  
mentos de nuestra historia:

En 1856, cuando aún el imperialismo inglés no se había introduci-  
do extensa y profundamente en nuestra estructura económica, los  
ganaderos de la Provincia de Buenos Aires ( la oligarquía ganade-  
ra ) trataron de tener un juego autónomo en relación a los merca-  
dos exteriores. De esa pretensión nació el F.C.Oeste, iniciado  
con capitales privados y sostenido luego con el apoyo del gobier-  
no de la provincia. En 1872, ante la crisis, era aún tanto el ím-  
petu de esos burgueses que proyectaron expropiar el F.C. Sud.

Es que todavía las empresas industrializadoras de carne, los sala-  
deros, estaban en manos propias, y el capital financiero recién ha-  
bía comenzado su penetración en gran escala. Pero veinte años  
después, en el 90, la industrialización - los frigoríficos - está en  
manos de Inglaterra y de sus escasos socios locales asociados, el  
transporte marítimo es dominado por los ingleses, el mercado con-  
sumidor de lanas y carnes se reduce al inglés y francés, los cré-  
ditos privados ( cada vez más indispensables ) están controlados  
por la banca extranjera. Y esto aparece unido a un período de en-  
riquecimiento sin tasa, al "progreso", que parece consistir en a-  
liarse cada vez más estrechamente al capital inglés. La oligar-  
quía se apresura a liquidar su nacionalismo y, entre otras cosas,  
vende los ferrocarriles a los ingleses.



La propuesta nacionalista del radicalismo arrastra a las masas populares.

**LOS GANADEROS** Pero ese mismo desarrollo ganadero que ha "estimulado" el capi-  
**NACIONALISTAS** Y tal imperialista y en primer lugar el inglés, ha hecho aparecer  
**ANTIIMPERIALISTAS** una nueva capa de estancieros, los ganaderos medianos de la pam-  
 pa húmeda, que encabezan el movimiento nacionalista que daría lu-  
 gar primero a la Unión Cívica Radical de Alem y luego, a partir  
 de 1897, a la de Hipólito Yrigoyen.

El carácter de nacionalismo capitalista del yrigoyenismo resulta palmario en su obra desde el poder: intenta ampliar y unificar el mercado interno, mediante la extensión de los ferrocarriles del estado, y aun extenderse al exterior mediante ramales a Bolivia y Chile (lógicos y tradicionales mercados); recupera ocho millones de hectáreas de tierras fiscales; impulsa Y.P.F.; crea la flota del estado, etc. A la vez, el nacionalismo de los ganaderos se ha exacerbado por la opresión que padecen de parte del imperialismo y de la gran burguesía terrateniente "invernadora": sufren las diferencias de fletes que imponen los ferrocarriles ingleses, no obtienen créditos ni de los bancos privados ni de los oficiales, y, sobre todo, se ven obligados a vender sus animales a los invernadores, que a su vez los venden, sin correr los riesgos de la crianza, a los frigoríficos. Es decir, son vendedores secundarios, mientras la gran burguesía ganadera está formada por vendedores privilegiados, y eso da una tónica especial a su nacionalismo: cuando los frigoríficos mejoran sus precios, su nacionalismo afloja y se declaran partidarios de la "libre empresa".

De tal modo, cuando los frigoríficos norteamericanos entraron en escena (a partir de 1902) y, para desplazar a los ingleses ya instalados, elevaron los precios de la hacienda, se dió el caso aparentemente paradójal, como ocurrió en 1923, de que mientras Sánchez Sorondo (Matías), como aliado de los frigoríficos ingleses, exigía la intervención del Estado en "contra de la guerra monopo-

lista", los legisladores ganaderos exigieron que el estado se quedara quieto, encabezados por el propio presidente de la Sociedad Rural.

Cuando a su vez llegó la crisis de 1930, y con ella la reducción de compras de carne por parte de Inglaterra, la oligarquía no tardó en entregarse atada y sumisa para conseguir que se mantuvieran sus cuotas de venta, arrojando por la borda, incluso, a miembros de su propio grupo, pero del sector más marginal. De ahí que ganaderos como de la Torre, fieles conservadores hasta 1930, eje de la maniobra que en 1916 intentó detener el triunfo de Yrigoyen, se pasaran con armas y bagajes a la lucha nacionalista y se convirtieran en enemigos del imperialismo.

El nacionalismo yrigoyenista, a su vez, tuvo los límites de su dependencia financiera del exterior y de su carácter de movimiento liderado por ganaderos, cuyo proyecto se basaba, tanto como el de la oligarquía, en vender a los países industriales materias primas y obtener de ellos créditos y productos manufacturados: desde 1916 a 1930, incluidos los gobiernos de Yrigoyen, se continuaron acumulando empréstitos y gastos suntuarios en el exterior, y sólo se tomaron débiles medidas de protección a la industria, a pesar de ser obviamente necesario, para un proyecto nacionalista, una fuerte industrialización en manos nacionales, como ya hacia 1925-30 era claro para muchos grupos burgueses y sus voceros.

**EL NACIONALISMO BURGUES NO ES CONSECUENTE** De la descripción precedente surge una tercera regla, complementaria de las anteriores: el nacionalismo, que surge del desarrollo de las fuerzas productivas internas, se exagera y se torna anti imperialismo por obra de la opresión imperialista. Y una conclusión general: ningún grupo burgués es "nacionalista" de modo permanente (jamás es "antiimperialista consecuente", como con una fórmula negativa suele pedir nuestra izquierda). Todo grupo burgués tiene comportamientos nacionalistas y antiimperialistas según sus intereses del momento, lo que tiene un peso determinante frente a la tradición, aunque ésta también ejerza alguna influencia en tanto no choque con esos intereses.

Ejemplos similares provee el momento del nacionalismo industrialista, expresado por el peronismo.

Nacido de la explosión industrial que se origina en la crisis de 1930, tiene su momento de euforia mientras duran las condiciones favorables. Es decir, mientras puede realizar nacionalizaciones, sostener las empresas del estado y apoyar a la industria mediante las divisas acumuladas durante la preguerra y la guerra y la venta en el mercado internacional de los productos del agro a precios remunerativos. Este es el momento de la jactancia, de Mi-

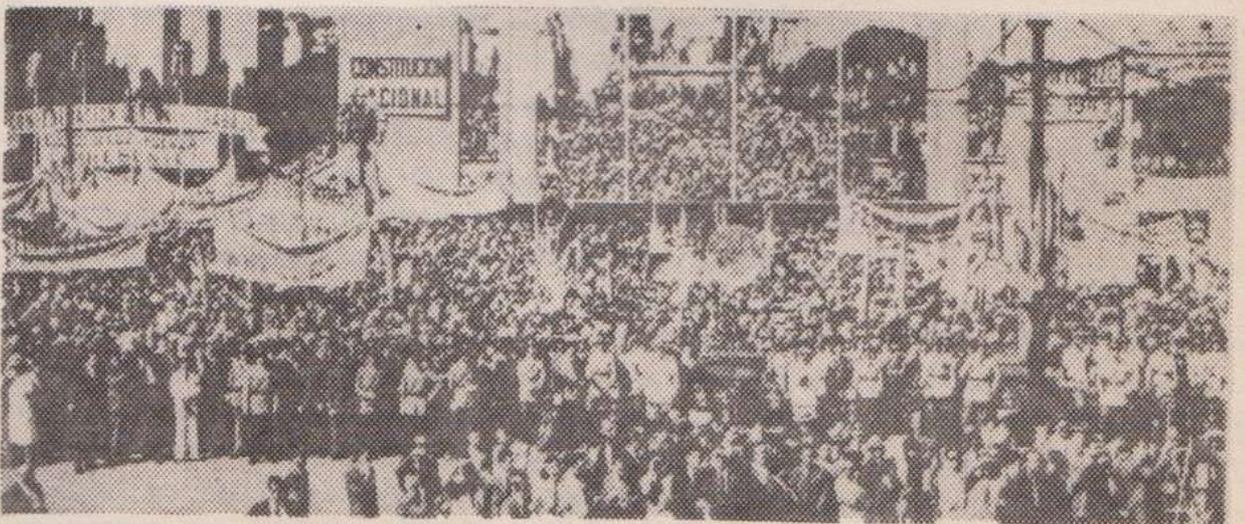
guel Miranda y su empirismo, del desprecio a las teorías económicas y a los teóricos de la economía. Pero esa burguesía jactanciosa y empírica también tenía sus límites: dependía de un mercado externo (allí donde debía comprar materias primas para sus industrias, combustibles y maquinarias, y vender los productos agropecuarios) controlado por el imperialismo. Cuando se agotaron las divisas y los precios de las materias primas se "deterioraron", esos nacionalistas cedieron, viajaron a Estados Unidos para buscar empréstitos, hicieron concesiones a los eventuales inversores extranjeros, trataron de dar marcha atrás en sus reformas sociales (esto, aún sabiendo con toda claridad, y habiéndolo dicho también claramente, que el desarrollo industrial dependía del mercado consumidor interno, y este de los altos salarios).

**LOS LIMITES DEL NACIONALISMO BURGUES** Y esto nos lleva a cuales son las causas profundas de la debilidad nacionalista burguesa en nuestro país, que le impide tomar medidas de fondo y obrar de modo real y efectivamente revolucionario: por una parte, debe subrayarse que son burgueses, que estamos ante dinámicas que se producen en una sociedad capitalista, y, por lo tanto, que estos intentos no son choques entre dos clases diferentes, como ocurría entre los burgueses y la nobleza feudal en Europa. Allí la burguesía necesitaba destruir las relaciones feudales, las relaciones entre las fuerzas productivas de tipo feudal, o, dicho de otro modo, el régimen feudal de la propiedad y toda su superestructura política, jurídica y cultural. En nuestro caso, en cambio, la burguesía independiente necesita efectivamente realizar cambios, pero manteniendo intocado el sistema -el régimen capitalista de la propiedad- pues es en ese sistema que existe su propiedad y en el cual se han establecido las relaciones con el proletariado de las cuales surge el tipo de explotación en que ella, la burguesía independiente, basa su ganancia lo mismo que la gran burguesía. Los cambios no pueden ser llevados, pues, a fondo, y cuando la propia dinámica nacionalista pone en peligro el sistema de propiedad (lo que indefectiblemente termina por suceder), la burguesía independiente retrocede y se lanza a la transacción con el grupo gran burgués y el imperialismo. Pero es más: como burguesía menor que es, excluida de una situación de privilegio en la que está el sector dominante de su clase (situación de privilegio que asegura mayores y más fáciles ganancias), la burguesía independiente en los países coloniales y semi-coloniales sueña, en el fondo, con ocupar el lugar de la gran burguesía, son ser, como ésta o en lugar de ésta, asociada de los monopolios internacionales. Busca, por consiguiente, no romper del todo con los monopolios y el imperialismo, sino enfren-

tarlos a la vez que trata de negociar con ellos. Por eso, sus enfrentamientos huelen tantas veces a chantaje, a amenaza para tratar de negociar.

**LA BURGUESIA INDEPENDIENTE NO SE SEPARA DE SU CLASE** Finalmente, y como consecuencia, la burguesía independiente no logra desprenderse nunca de los valores de la oligarquía, así como ésta vive en los valores establecidos por el imperialismo. O, dicho de otro modo, ni la burguesía independiente ni la gran burguesía logran real conciencia burguesa sino que, en razón de su misma dependencia material, tienen una conciencia ambigua, fuertemente pasiva y no creadora. Esto las lleva a carecer de la audacia típica de las burguesías de pleno desarrollo en materia de inversiones, a no ahorrar creadoramente, es decir, a invertir en cosas superfluas y no hacer inversiones reproductivas. Carecen, para decirlo de otro modo, del "espíritu burgués" apuntado por Marx y puesto en relieve, hasta idealizar su importancia, por Weber. De todo esto tenemos claras demostraciones en nuestros dos intentos burgueses, pero es preferible usar el ejemplo del peronismo, precisamente por haber llegado mucho más allá que el yrigoyenismo en sus avances nacionalistas.

A pesar de que claramente tomó medidas tendientes a crear un centro capitalista (desde el rescate de la deuda externa y las nacionalizaciones del transporte hasta la nacionalización de los depósitos bancarios y la creación del reaseguro en manos del estado), y muy a pesar de su feroz nacionalismo verbal, también cuidó meticulosamente los límites: no tocó nunca los frigoríficos y, en cambio, los subvencionó de hecho; no tocó los monopolios eléctricos, dejando en la nada la investigación Rodríguez Conde; buscó siempre llegar a acuerdos con el imperialismo.



Reforma Constitucional de 1949; marca los límites del nacionalismo burgués.

En efecto, cuando las negociaciones de nacionalización de ferrocarriles, primero se llegó a establecer las bases para la formación de una sociedad mixta anglo-argentina, que no se llevó a cabo por la presión de Estados Unidos, ya que el convenio afectaba sus intereses comerciales ( Estados Unidos amenazó a Inglaterra con suspenderle su ayuda si el convenio se llevaba a cabo ). Posteriormente, cuando se firmó el convenio de nacionalización, en lugar de utilizarse 140 millones libras que Gran Bretaña nos debía, y que estaban bloqueadas, se pagó con un préstamo de 110 millones que Inglaterra "adelantó" sobre nuestras futuras ventas y sólo 40 millones de los fondos bloqueados ( posteriormente, cuando los ingleses maniobraron con la libra, Perón se quejó amargamente de ellos ). De igual modo, el peronismo se hizo ilusiones sobre acuerdos posibles con Estados Unidos, por lo que respetó a los monopolios dominados por capitales yanquis, para quejarse luego del carácter "discriminatorio del Plan Marshall, del cual nuestro país fué excluído no obstante los compromisos existentes" ( para constatar ambas "desilusiones", puede verse el discurso de Perón publicado con el título "Perón anuncia el plan económico de 1952 y los precios de la cosecha", publicación de la Subsecretaría de Informaciones ).

**LA BURGUESÍA** De aquí surge una cuarta regla: las burguesías independientes ( o "NACIONAL" "nacionales", si se insiste ), pueden iniciar un proceso de **lucha nacional**, pero están incapacitadas para llevarlo a cabo hasta el **fin**, para realizar reales "cambios profundos de estructura". No **LA LIBERACION** pueden, en otros términos, realizar la nación, llevar la **lucha de liberación hasta el fin**.

Y esto nos lleva a una última consideración, íntimamente ligada con todo lo anterior:

las burguesías menores, para enfrentar a la gran burguesía, se ven precisadas de apoyarse en las clases populares.

En cuanto esos sectores burgueses expresan la expansión global de las fuerzas productivas de la sociedad a nivel capitalista, expresan también la espontaneidad de la clase obrera ( y, en general, de las clases populares ) ya que la misma participa, en tanto clase, de esa expansión general de las fuerzas productivas, como consecuencia de dicha expansión.

En coyunturas favorables, la burguesía menor puede practicar el reformismo ( es decir, extraer algo menos de plus-valía de los trabajadores ). Ello permite que ese liderazgo virtual se convierta en liderazgo político: tal mecanismo es posible verlo con toda claridad en el yrigoyenismo y el peronismo.

AHIRA - Archivo Histórico de Revistas Argentinas



Doctrina peronista: los límites de la conciliación de clases.

Pero, a la vez, la burguesía menor teme a la clase obrera en cuanto vive de explotarla, y trata de mantenerla "en orden", intentando que no sobrepase los límites de sus propias intenciones.

"No apoyamos al trabajador contra el capital sano... sino que propiciamos soluciones que beneficien por igual a los trabajadores, al comercio y a la industria..." "La división de clases había sido creada para la lucha discordante, pero la lucha... es destrucción de valores". "...así como no he admitido la explotación.... de los empleadores hacia los empleados, tampoco debo permitir los excesos de estos". "Ya no será posible ni el abuso de los unos ni la prepotencia de los otros". "... la rebeldía, el sabotaje y la intriga... serán arrancados de raíz", decía claramente Perón ("Doctrina peronista", colección de trozos de discursos y mensajes, publicación del Partido Peronista, 1948).

Y cuando un gobierno burgués no logra cumplir su papel de guardián del orden, sean cuales sean sus otras cualidades, podemos asegurar que tarde o temprano enfrentará el dilema: o caer sin lucha cuando la burguesía en su conjunto lo abandone, o, en cuanto grupo político, dar el salto hacia las masas, y superar los límites burgueses. Cierta grado de reformismo es posible, cuando las circunstancias lo permiten: cuando, en los países centrales, funciona a pleno la succión imperialista, y es posible un cierto reparto de la super plus-valía arrancada a los pueblos dependien-

AHIRA - Archivo Histórico de Revistas Argentinas

tes, o cuando en los países dependientes, circunstancias excepcionales permiten un juego similar. Entonces se generan en la burguesía tendencias predominantes que usan el reformismo para integrar a la clase obrera al sistema. Pero ese reformismo tiene sus límites: como la dinámica de la lucha de clases tampoco es detenable y la clase obrera sólo puede mantener su nivel mediante una pelea reivindicativa constante, si las circunstancias no permiten que el reformismo funcione de modo insensible, el grupo reformista enfrenta el dilema a muerte. En los países dependientes, donde los límites del reformismo son muy restringidos, y donde las circunstancias favorables para el mismo son barridas rápidamente por las descargas de las contradicciones del imperialismo sobre la periferia, los ensayos reformistas son de muy corta duración: en nuestra historia es sabido como fueron barridos, sin lucha (porque quisieron evitarla, por temor a la guerra social, primero el yrigoyenismo y luego el peronismo), cuando la crisis golpeó sobre nuestras estructuras.

No hay necesidad de marcar una quinta regla: las posibilidades y los límites de los sectores burgueses no ligados al imperialismo son materiales; y la acción de éste y la relación de toda la burguesía con el proletariado son, en definitiva, los factores determinantes de las tendencias y horizontes burgueses en los países dependientes.

Esto no quiere decir que puedan desaparecer las contradicciones entre el crecimiento de las fuerzas productivas internas, y, por lo tanto, de ciertos grupos burgueses, con el imperialismo, o que no deban ser tenidas en cuenta. Muy al contrario: subsisten, y pueden volver a cobrar fuerza en coyunturas especiales, y el revolucionario no debe en ninguna circunstancia prescindir de esa existencia permanente de contradicciones secundarias.

## 6. PARA UNA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA.

La estrategia revolucionaria parte de la contradicción fundamental de la sociedad y de la perspectiva de la única clase con contradicciones absolutas con el sistema: el proletariado.

Pero debe englobar las contradicciones secundarias, que oponen entre sí a los grupos burgueses, tanto como de la opresión contra las clases medias, para constituir a la clase obrera en líder nacional de la sociedad, o, para decirlo con otras palabras, en vanguardia de las otras clases. Debe apoyarse en la dinámica total de la sociedad.

De esa estrategia es que nace la política de aliados, que será correcta cuando el análisis de la sociedad sea también correcto, y no fantasioso.

Lo que no puede, es construirse una estrategia que confíe en que grupos burgueses van a conducir el proceso de cambio hasta el punto de modificar las estructuras de dependencia. Y, en las actuales circunstancias, no sería correcto constituir una estrategia en la esperanza de que aparezca un nuevo intento burgués nacionalista de envergadura suficiente como para liderar a las masas populares y apoderarse del poder para tratar de realizar una nueva tentativa de creación de un centro capitalista autónomo.

Han desaparecido las circunstancias materiales que permitieron una cierta facilidad para los movimientos nacionalistas burgueses, dándoles confianza en sí mismos, y que en el poder, les hizo posible realizar cambios importantes sin destrozarse las estructuras de dependencia y, a la vez, practicar el reformismo en escala suficiente como para mantener el liderazgo de las masas.

Paralelamente, la burguesía en su conjunto ha cobrado demasiado conciencia del peligro que significa el nacionalismo una vez puesto en marcha, teniendo en cuenta que, para practicarlo, es imprescindible movilizar a los sectores sociales explotados. Eso es tanto más claro en nuestro caso, cuanto que el sector explotado más numeroso, sobre el que se basa ya predominantemente la ganancia de la burguesía, es el proletariado industrial, además, enormemente concentrado desde el punto de vista geográfico.

En efecto, en relación a lo primero, recordemos que la situación de dependencia de Inglaterra, basada en la división internacional del trabajo, y en el momento de auge del imperio británico, estimuló un desarrollo agropecuario explosivo: de una economía pastoril-ganadera insignificante, de no producir cereales y vernos obligados a importar el trigo, de una población apenas superior a un millón de habitantes en 1853, a la caída de Rosas, pasamos casi de pronto a la euforia que recorre al país desde 1860 a 1916. El ferrocarril aparece en 1857 y salta a dos mil kilómetros en 1880, a 9 mil en 1890, a 16.000 en 1900. La provincia de Buenos Aires pasa de 3 millones de vacunos y 15 millones de ovinos en 1853, a 8,7 y 51,6 millones respectivamente en 1888. La agricultura, inexistente en 1853, pasa a ocupar 800 mil hectáreas en 1880, 2,5 millones en el 88, 8 millones en el 90, 13 en 1905, 20,3 en 1910, 24,3 en 1915. El valor de las exportaciones salta de 112 millones de pesos oro en 1895 a 445 en 1915.

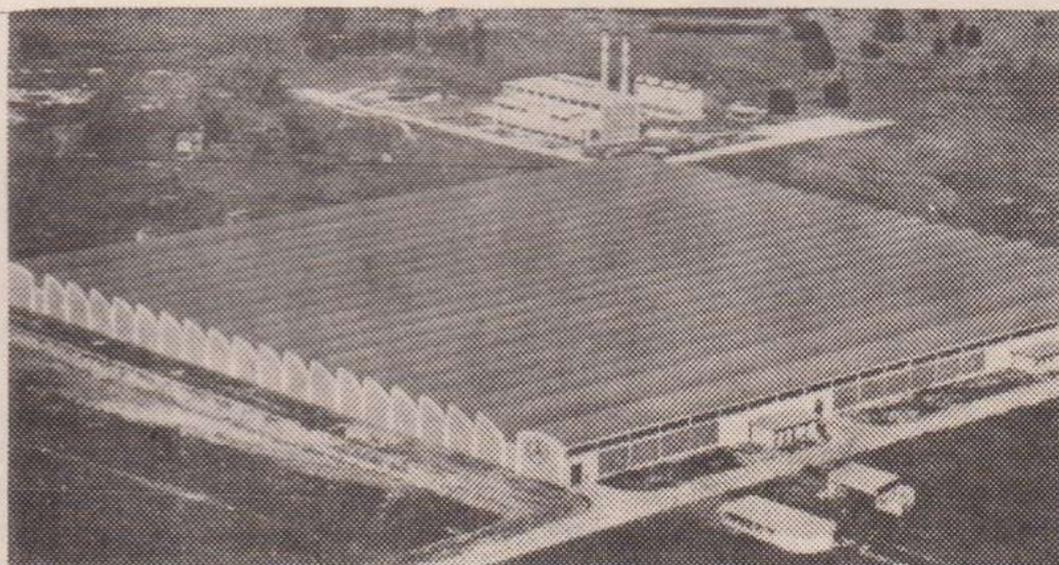
Como se sabe, esa época quedó atrás en 1930, y desde entonces nuestras exportaciones están estancadas, de tal modo que no permiten importar más allá del 50% de lo que necesitamos, y nuestra producción agropecuaria está también estancada, pues ya no admi

te un desarrollo como el tradicional, basado sobre todo en la incorporación de nuevas tierras a la explotación extensiva (desarrollo de frontera).

Hemos visto ya como fué también de explosivo ese otro fenómeno tantas veces descripto: el crecimiento industrial de los años 1930-48. Originado en la industria liviana que reemplazó súbitamente a las importaciones suspendidas, tampoco es posible esperar su repetición en términos semejantes. De nuevo aquí, podemos dar por liquidada toda expansión extensiva y fácil, de frontera.

Del temor al proletariado local, cuya presencia se asocia a la expansión mundial de la revolución, nos dan sobradas pruebas los últimos años, como para que sea necesario hacer en este momento un análisis.

Pero todo eso, no quiere decir, insisto, que hayan desaparecido las contradicciones objetivas (económicas) interburguesas. La penetración creciente de los monopolios en nuestro país (fenómeno aceleradísimo desde 1958), tiene todas las características (y responde a las leyes de fondo) de la concentración de capitales. Ello se da con las variantes que surgen de nuestra situación de país de pendiente, y, por lo tanto, se produce en beneficio de los monopolios internacionales y es acompañado por una enorme succión de capitales hacia el exterior. En conjunto, se crea así una situación en que la concentración monopolista es acompañada por un desequilibrio económico y social mucho mayor y más agudo que el que la acompaña en los países centrales (allí, porque es acompañado por los ingresos imperialistas y no opera pauperizando a toda la sociedad, sino pauperizando a algunos sectores sociales y, a su vez, ordenando el sistema y creando riqueza).



La concentración monopolista barre con la mediana y pequeña fábrica para instalar empresas gigantescas.

AHIRA - Archivo Histórico de Revistas Argentinas



Pero eso, que significa la desaparición de algunos grupos burgueses, en un país del desarrollo capitalista del nuestro, con sectores de burguesía tan numerosos ( como resulta de las estadísticas que he recordado ), no significa el hundimiento de las fuerzas productivas internas ni la desaparición de la burguesía. Ello, a su vez, significa la persistencia de las contradicciones económicas (elemento objetivo) y la subsistencia de tendencias nacionalistas burguesas de mayor o menor peso y voluntad políticas ( lo que es imposible de prever ), así como la persistencia de tendencias y luchas democráticas.

Consecuentemente, esto origina corrientes de ideología nacionalista burguesa, democráticas y autoritarias, más o menos radicalizadas, en el seno de las clases medias.

Todo ello crea condiciones - incluso en la clase obrera - que deben ser tenidas en cuenta para una estrategia revolucionaria. El panorama actual y el curso futuro, previsible, de los acontecimientos, exigen otros análisis que los que he hecho, sirviendo lo anterior sólo de base de discusión. Pero, teniendo en cuenta la experiencia de nuestra izquierda, de cuyos errores hay que extraer lecciones útiles, las conclusiones que he apuntado y ciertas reglas básicas que no era del caso recordar aquí, puede llegarse a las siguientes conclusiones generales:

a) Sólo la clase obrera puede realizar la tarea de nuestra liberación. Para ello es imprescindible la creación de una organización política revolucionaria socialista, marxista, que cree la conciencia histórica de nuestro proletariado, a partir de la más intransigente política de independencia del mismo respecto de las otras clases: la burguesía en todas sus tendencias y todos sus sectores (pro-imperialista y "nacionalista"; grande, mediana y chica, incluso del "campesinado pobre"). Esto, dicho de otro modo, significa que no puede hacerse seguidismo respecto de ninguna tendencia o sector burgués, si se pretende realmente impulsar y realizar la revolución.

b) Sólo desde esa independencia ideológica, política y organizativa podrá estructurarse una estrategia efectivamente revolucionaria, efectivamente obrera.

c) Pero esa estrategia exige que el proletariado se apoye en todas las contradicciones de la sociedad, en las contradicciones que tienen todos los grupos oprimidos no obreros (burgueses y de clase media) con el sistema, para aprovecharlos en la etapa actual que es de lucha contra la asociación "burguesía oligárquica-imperialismo" (y de fundación, por decir así, de la organización revolucionaria).

AHIRA - Archivo Histórico de Revistas Argentinas

d) Esto incluye la necesidad para la clase obrera y para la revolución de una política general (estrategia) frentista, y de políticas particulares (tácticas) de alianzas, dirigidas a que el proletariado se constituya en dirigente de la lucha nacional por la liberación.

Las mismas significan que existen coincidencias parciales y momentáneas con sectores de la burguesía mediana, y coincidencias parciales pero más permanentes con grupos de la pequeña burguesía y de las clases medias (los grupos más "pobres" de ambas y sectores intelectuales). Esto puede llevar, en el terreno político, a luchas comunes, a coincidencias; o a pactos con tendencias y aun partidos de la burguesía y la pequeña burguesía, pero tales pactos no pueden ser sino excepcionalmente de larga duración en esta etapa. Aun durante su vigencia (y por supuesto, durante las "coincidencias") es imperativo mantener no sólo la independencia, sino también la crítica a los aliados eventuales. Sólo así será posible crear la conciencia plena de la clase obrera, no confundirla, y sustraer a la pequeña burguesía y a las clases medias de su dependencia de la burguesía.

e) En nuestro país los obreros rurales y el "campesinado" (me repito para evitar confusiones) no tienen el peso decisivo que les corresponde en países predominantemente rurales. En cambio, tienen un vasto peso la pequeña burguesía y las clases medias urbanas. Por lo tanto, una estrategia correcta para nuestra sociedad exige atender a ambos eventuales aliados: los no proletarios urbanos y rurales, tanto como una eficaz acción entre el proletariado rural.



## Intelectuales

# REPETICIONES SOBRE LOS DEBERES DEL INTELLECTUAL

*Ricardo Piglia    Ismael Viñas    Andrés Rivera*

Desde que apareció la clase obrera como clase, disputando a la burguesía la sociedad y colocando como fin último de esa disputa la creación de una sociedad libre, se planteó al intelectual (cada vez con mayor claridad) un dilema que hasta entonces había estado relativamente oculto: el intelectual, en cualquiera de sus formas, es, al mismo tiempo, miembro de un grupo que expresa el máximo nivel del momento histórico de cada sociedad (y, por lo tanto, de desarrollo de las fuerzas productivas de esa sociedad, o, si se prefiere, de la "verdad" de esa sociedad) y un empleado de la clase dominante. Esto introduce contradicciones en el intelectual, como consecuencia de las contradicciones entre el desarrollo objetivo de las fuerzas productivas de una sociedad dada, desarrollo que dirige la clase dominante, y las necesidades de esa clase de impedir el desarrollo (o la "verdad") en cuanto el mismo pone en cuestión su situación de dominio que se da en el presente, pero se apoya y origina en el pasado (y pretende proyectarse hacia el futuro). El intelectual puede pretender negar esa situación, pretender que él está con la "verdad" absoluta, neutral, más allá de la contradicción entre la clase dominante y conservadora y la clase revolucionaria, pero no puede ser sino intérprete y servidor de una, del pasado-presente o del presente-futuro. Su comodidad, su mayor facilidad para el quehacer específico en el papel que tiene dentro de la división del trabajo social, la "tranquilidad" para realizarlo de un modo **materialmente** menos conflictivo, lo impulsan sin duda a quedarse con la clase dominante, o a fingir que es neutral en el conflicto entre la misma y la clase revolucionaria. Pero esto le limita (aunque no lo quiera, aunque se lo niegue) la posibilidad de "verdad", es decir, de libertad que al mismo tiempo reclama para su tarea. Cuando reclama esta libertad, inevitablemente se ve envuelto de modo activo en la lucha social, lo que al convertirlo en combatiente, le impone una disciplina que es la

de otra clase que aquella a la cual sirve como empleado, la clase dominante a la que (de un modo subordinado) pertenece.

**INTELECTUALES** Esta situación, conflictiva en todo momento en que una nueva clase se ha cuestionado el dominio de la clase dueña de la sociedad, como ocurrió durante el largo período de lucha de la burguesía contra el feudalismo, se torna más dramática a partir del momento en que ha aparecido el proletariado como heredero de la burguesía.

**Y LUCHA DE CLASES**

En efecto: mientras todas las clases revolucionarias anteriores realizaron su revolución a partir de apoderarse de la estructura económica (de los instrumentos y medios de producción), y desde allí han conquistado el dominio de la superestructura (la cultura en el más amplio sentido del término y el poder político), la clase obrera no puede hacer eso: debe lanzarse desde su condición de clase explotada a la lucha por el poder político, lo que le exige luchar desde esa misma condición contra el predominio cultural de la burguesía. Dicho de otro modo: la burguesía a medida que ampliaba su poder económico iba creando y teniendo como empleados propios a intelectuales que la servían conciente o inconcientemente, pues iba creando su propia sociedad a medida que avanzaba y devoraba por dentro a la sociedad feudal. El proletariado no puede hacer eso, y por lo tanto el intelectual debe elegir voluntaria, concientemente, ponerse de su parte, enfrentando así a una estructura social en la que vive y a la que necesita para seguir viviendo (como el proletariado por otra parte), sin poder apoyarse en otra estructura social, sino separándose como combatiente de "su" sociedad, de la sociedad dominada por la clase de la que es empleado, para unirse a una clase a la vez explotada y enemiga de esa sociedad.

Esto hace que el intelectual, si elige dar ese salto hacia la lucha por la verdad, por la libertad, pierda la espontaneidad que naturalmente tiene en la sociedad cuando se desempeña en el lugar y del modo que naturalmente le está asignado. O expresándolo de otro modo: cuando elige luchar por la libertad se impone un esfuerzo de análisis y de continua autocrítica, que le coarta la espontaneidad en la cual vive una libertad aparente que le nace de la aceptación del lugar y el papel que le asigna la clase dominante. Cuando acepta ese lugar y ese papel vive, en cambio, esa libertad aparente, pues puede actuar de acuerdo a la estructura psicológica que la sociedad le ha creado al ponerlo en ese lugar y para cumplir su papel; el de empleado al servicio del sistema. Claro está que sólo mientras se limite a su papel, no se exceda de él, no se oponga al sistema ni lo cuestione.

AHIRA - Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Tal situación es vivida en los momentos "normales" ( en los momentos en que la lucha de clases se desenvuelve con cierta lentitud ) de un modo ambiguo por el intelectual, que le permite ilusionarse con su libertad, pues le es posible creer que se encuentra por arriba de la lucha de clases, en la medida misma en que las dos clases en oposición ( la burguesía y el proletariado ) no se enfrentan agudamente. El intelectual puede fantasear con su independencia, y aun permitirse coquetear con la idea de que se puede vivir con un pie en cada lado ( lo que generalmente él vive como si fuera estar con los dos pies en otro lado ). En los momentos de crisis, o, simplemente, cuando una u otra de las dos clases en lucha le exigen definiciones, el intelectual vive esto como un atentado a "su" libertad, que él confunde con un atentado a "La Libertad", así, con mayúsculas ( esa libertad ilusoria, que es sólo su ambigüedad ).

Esta situación se complica porque la materialidad genérica es específica, en relación a su trabajo concreto ( a su tarea como intelectual, al papel que se le ha asignado en la división social del trabajo ) : la burguesía puede darle los medios materiales para que se desempeñe con eficacia, si así lo desea, en su especialidad. En cambio, la clase obrera no puede hacerlo, salvo, ( y aún hasta cierto punto ) dándole un lugar en las instituciones que surgen de la acción puramente reformista de la clase, cuando se desarrollan organizaciones que a través del reformismo tratan, diciéndolo así o negándolo, de integrar a la clase dentro del sistema ( sindicatos, partidos reformistas ).

De tal modo, para la burguesía existe un medio de utilizar al intelectual dándole al mismo tiempo cierta tranquilidad de conciencia: haciéndolo trabajar en instituciones reformistas surgidas de la clase obrera, o en instituciones reformistas que la burguesía crea especialmente para los intelectuales como subproducto del paternalismo con el que trata de neutralizar la lucha de clases, en respuesta a la revolución social y como apoyo paralelo al reformismo de origen obrero.

Todo esto es lo que se plantea cuando en unos u otros términos se discute lo que generalmente se llama el "compromiso del intelectual":

El temor de éste de perder la libertad ( su libertad ) si estudia y acepta de modo cabal y total la ideología revolucionaria del proletariado, el marxismo. El modo de integrar el marxismo a su tarea específica ( problema que sólo se plantea al intelectual porque él trabaja en el campo de lo superestructural ). El modo de realizar plenamente esa ideología ( y, por lo tanto, la lucha real por la libertad, por la verdad ) que sólo resulta posible en la acción militante dentro de una organización política revolucionaria. Esto, a

su vez, plantea los problemas que debe resolver la organización misma en su relación con los intelectuales, problemas que en general han sido mal planteados y mal resueltos, lo que sólo puede superarse mediante una activa tarea de reflexión teórica y una tenaz acción práctica, en la que la participación de los propios intelectuales es indispensable.

Como consecuencia del lugar especial que ocupa el intelectual en la sociedad y en la lucha de clases, existen ciertos problemas prácticos para los que los principios generales son sólo guías de acción, pero que exigen en cada caso análisis muy concretos. Por ejemplo: ¿cómo y en qué condiciones puede el intelectual trabajar en instituciones burguesas?. Puesto que existen ciertos grados de "neutralidad" tanto en las mismas instituciones como en las tareas específicas del intelectual, que varían notablemente y abarcan todos los matices y combinaciones imaginables, es bien claro que no puede darse una respuesta única, con valor absoluto. Algunos órganos e instituciones (revistas, centros de estudio) son creados especialmente como instrumentos en la lucha de clases y al intelectual se le exige que actúe allí como militante al servicio de la explotación y la opresión. Ese es el extremo posible, respecto del cual es fácil decidir. Pero, ¿en los otros casos, que son la mayoría? Lo mismo ocurre con respecto a la obra en sí misma: es fácil o relativamente fácil fijar los requisitos ideológicos cuando se trata de la labor del sociólogo, del filósofo, de aquellos intelectuales que tienen como objeto de su labor el hombre mismo, la condición y la situación del hombre. Ya no es tan fácil (a menos de caer en un rudo y romo "sociologismo") cuando se trata del poeta, del novelista, del autor de teatro. ¿Y que decir de aquellos que se ocupan de lo que suele llamarse "ciencias de la naturaleza", por oposición a las "ciencias del hombre"? Como se ve, con sólo apuntarlo, no se trata de problemas nuevos, pero sí de problemas que deben ser continuamente discutidos, puesto que no han tenido aún respuestas totalmente satisfactorias, ni probablemente podrán tenerlas mientras la revolución no haya triunfado en el mundo entero y se esté en plena etapa de la construcción mundial del socialismo. Mientras dure la lucha perdurará la ambigüedad que resulta de una situación global que es conflictiva, es decir, todavía indecisa, pues los adversarios, al tiempo que se enfrentan, se penetran inevitablemente el uno al otro. Pero es, justamente, el planteo y la resolución correcta de esas ambigüedades lo que permite progresar en la lucha, lo que provee las armas para el triunfo. En cada momento de esa lucha, los problemas aparecen bajo nuevas formas (producto del cambio global, en el que es factor decisivo la lucha misma) ¿Después del triunfo? Después, aparecen nuevos problemas, como ya han ido apareciendo al lograrse cada triunfo parcial.



## ¿Intelectuales?

**EL NUEVO REFORMISMO** Hoy, en la actual fase del imperialismo y del desarrollo del mundo socialista, se plantean dos problemas que toman formas nuevas, aunque son en lo básico dos problemas viejos: la deliberada penetración del imperialismo en el ámbito cultural, dirigida a captar y ablandar a los intelectuales, creando instituciones de supuesta neutralidad. Allí, sería posible la convivencia entre el orbe capitalista (es decir, imperialista) y el orbe socialista, pero su principal sentido está dirigido a proponer a los intelectuales del tercer mundo, ámbitos de "paz", de cortés convivencia, colocados al margen, (por encima, claro, por encima) de los despreciables conflictos que sacuden al mundo íntegro y a cada sociedad concreta. Y la respuesta que da el nuevo reformismo, la "coexistencia pacífica", que a veces toma formas grotescas, pero que más frecuentemente se desenvuelve en un plano de celeste dignidad.

Este es uno de los problemas concretos que ocuparán buena parte de los futuros números de esta revista, porque se ha convertido en una de las cuestiones urgentes de nuestro tiempo.

La lucha de clases se plantea a nivel nacional e internacional, y es imprescindible ahondar y extender la discusión sobre las condiciones actuales en que se presenta hoy esa lucha y como se traduce al campo de la cultura para poder fijar los lineamientos de una política revolucionaria también en este campo. Esto es más necesario aún entre nosotros, en donde la inexistencia de una organización política revolucionaria con suficiente peso ocasiona que aun

cuestiones que son gruesas y obvias aparezcan como dilemas. Pero aquella lucha existe más allá y por encima de nuestra voluntad objetiva, y a su fragor no escapan ni el arte ni la ciencia ni la cultura en general.

Es necesario repetirlo: no, ni el arte ni la ciencia ni la técnica son zonas de privilegio incontaminadas, puras, en las que explotadores y explotados (por favor, no nos asustemos de las denominaciones, de su saludable sentenciosidad), revolucionarios y contrarrevolucionarios dejen de medir sus armas. Por lo tanto, tomamos partido: enjuiciaremos todas y cada una de las aventuras del intelecto, a partir de las posiciones de los trabajadores, de una clase que pugna por acceder al poder. Esa es nuestra objetividad; no somos ni seremos neutrales frente al mundo imperial que pilotea Estados Unidos, ni frente al mundo socialista, ni - mucho menos - frente a los pueblos de América Latina, el nuestro incluido, de Asia y Africa que libran una guerra sin precedentes - sorda y subterránea, en unos casos; frontal, en otros - por su liberación. De modo que rechazamos esa equivalencia tramposa que propone, por ejemplo, el señor Emir Rodríguez Monegal en "Mundo Nuevo" (setiembre 1967) en su reportaje a Max Aub: a este, Franco le prohíbe entrar a España; a aquél, se le niega el ingreso a Cuba. Ambas decisiones, para el señor Monegal, tienen un mismo signo. A él no le importan de dónde provienen y por qué se originan. A nosotros, sí. El señor Monegal escribe ("Mundo Nuevo", agosto 1967): "La condición del intelectual independiente en el mundo moderno es una condición de riesgo y miseria. El escritor o el artista que no esté dispuesto a decir Amén o Heil, a firmar dónde le digan y cuándo le digan, a repetir humildemente el catecismo o las consignas, está por eso mismo expuesto a la más cruel aventura. Por un lado, es víctima de la calumnia de la reacción organizada, de la pandilla maccarthista o stalinista; por el otro del engaño de la CIA. Afortunadamente, si la calumnia o el engaño pueden modificar la consideración - al fin y al cabo efímera - de una obra o de una conducta, no pueden alterar la calidad e independencia de las mismas. La CIA, u otros corruptores de otros bandos, pueden pagar a los intelectuales independientes sin que éstos lo sepan. Lo que no pueden hacer es comprarlos". He aquí expuesta la filosofía del supuesto "intelectual independiente" al que eventuales corruptores pueden pagar (sin que éste lo sepa) pero no comprar; una filosofía que operaría al margen de las clases, que convierte al intelectual en un ente abstracto, casi metafísico; un retorno - por vías más sutiles - a la torre de marfil. Se trata de transformar al intelectual en un ser aséptico, en neutralizarlo. "Solo los saciados son neutrales", decía Lenin.

¡Qué extraordinaria defensa hace Monegal del "intelectual puro"!

AHIRA - Archivo Histórico de Revistas Argentinas

responsable de una revista pagada por la CIA? No, el imperialismo sabe a quien pagar. Lo que a veces ocurre (como en este caso) es que quien paga y quien recibe la paga no son demasiado hábiles.

Pero la teoría de que el territorio de la cultura es un campo neutral tiende a lograr que los intelectuales de izquierda, antinperialistas, admitan la posibilidad de coexistir con sus enemigos políticos e ideológicos. Así quedaría justificado que Neruda asista a una reunión del Pen Club en Nueva York, que recorra el país que invadió Santo Domingo para preservar la democracia occidental y cristiana, que sea agasajado - sin que se le mueva un pelo - por funcionarios de un gobierno que intenta llevar a Vietnam, con sus esoladas, a la edad de piedra; y que coma huevos fritos con el "liberal" Belaúnde Terry que suscribió el exterminio de intelectuales como De la Puente Uceda, Lobatón y Javier Heraud. Ese es un fruto excesivamente maduro, que ya empieza a oler a podrido, de la coexistencia. En último análisis, los homenajes a Neruda, revierten sobre el P. Comunista Chileno, el partido de Neruda, un partido "sensato" que cree en el parlamento, en los buenos modales, en que alguna vez tendrá para sí el 51% del electorado y al que se ha prometido, de aquí a cinco años, el ministerio de salubridad, el de caminos, o, con un poco de suerte, el de trabajo. Nada de esto es casual. Nada. ¿Lo es, acaso, que Miguel Angel Asturias, embajador de Guatemala en París, "progresista" reconocido, haya merecido el premio Nóbel de Literatura? ¿Qué se pagaba con eso - decimos pagaba, para usar un eufemismo grato a Monegal? - ¿que Asturias, en Congresos de escritores, propugne el diálogo entre intelectuales subsidiados por Ford, Rockefeller, o el Departamento de Estado, y los que han comprometido su conciencia y su inteligencia, su sangre y su carne con las agonías y las victorias de sus pueblos; que represente en Francia a una oligarquía ciega y rapaz, a una casta militar sanguinaria y envilecida - de hecho, a la United Fruit - mientras la guerrilla arma al campesino guatemalteco para el combate por tierra, trabajo y libertad? Sartre afirmaba: "El premio Nóbel se otorga a los escritores de Occidente y a los traidores de Oriente". ¿Qué es Asturias? ¿Un escritor del democrático y cristiano hemisferio occidental; alguien que aspira a la paz entre los hombre cualquiera sea su condición (la paz entre el obrero de la United Fruit y el gerente de la United Fruit); un coexistente? La pregunta es: ¿con quién está Asturias? ¿Quién le paga a Asturias?

Podríamos citar a otros coexistentes más o menos famosos: el premio Nóbel Míjail Sholójov, que aconsejaba seria y paternalmente a los escritores japoneses que se casaran con mujeres ricas para, de esa manera, hacer carrera literaria; o a Evgueni Yevtushenko,

RECIBIDO EN DONACIÓN  
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

F.F. Y L. U.B.A.  
DONADO POR:

EXPTE. N°:

DESTINO:

Waldo Pellettoni

FECHA: 3/10/16

D. de B.

que recitaba, sin rubores, sus versitos ante el defenestrado McNá mara, uno de los hombres acusados por el tribunal de Bertrand Russell de ser responsable de atrocidades en Vietnam que tornan las ejecutadas por los nazis en los campos de concentración de Europa, travesuras de niños juguetones.

Hemos traído, para un debate que los integrantes de esta revista van a profundizar, registros, presumiblemente, demasiado obvios. Pero por ignorancia, confusión, ausencia de una tarea esclarecedora persistente, tenaz, honda y persuasiva, son numerosos los intelectuales que aceptan los esplendores "humanísticos" de la coexistencia; es decir, se los capta por mecanismos de seducción concretos: viajes, seminarios, congresos, premios, publicación de trabajos en órganos como "Mundo Nuevo" que ofrecen ( u ofertán ) un aire de independencia, de no enrolamiento, de aperturas a tribunas cuya inobjetabilidad parece indudable.

De esto se trata, ahora: de estructurar una política, una conducta revolucionaria que enfrente con una flexibilidad predeterminada por principios ( aliada a una indagación severa y exhaustiva, que rehuya la facilidad de la invectiva o de la afirmación gratuita ) todo el aparato de seducción que el imperialismo - el imperialismo norteamericano, en particular - ha montado para neutralizar a los intelectuales latinoamericanos. Son muchos los problemas a dilucidar: en tanto la intelectualidad de este continente, sacudido por una revolución que a lo sumo puede ser postergada pero no derrotada, se ve impelida, por su ubicación social, a identificarse con las aspiraciones populares, el enemigo tratará de comprometer su conciencia, de deslumbrarla con el brillo de una independencia que jamás puede ser tal en una sociedad basada en la explotación del hombre por el hombre. Sartre escribió alguna vez: "Si es necesario traicionar, como dijo Nizan en "Los perros guardianes", que sea al más pequeño número en provecho del más grande". Entendemos que adherir a las mayorías populares es una opción que en nada se equivale a la traición. Integrarse con el pueblo, compartir sus sufrimientos y sus anhelos es el destino que esta hora de América marca a los intelectuales. El proceso será duro, penoso, desgarrador a veces. Pero será; no nos cabe de ello la menor duda.

# TESTIMONIOS: EL TEATRO REALISTA EN LA ARGENTINA

*Roberto M. Cossa*

El teatro argentino atraviesa por una de sus etapas más vitales, más ricas en perspectivas de los últimos años. Gran parte de esa vitalidad está demostrada en los interrogantes, los planteos y los debates que suelen recorrer las tertulias de autores, directores y actores en Buenos Aires. Mucha gente de teatro coincide en la necesidad de sistematizar estos debates, de darles coherencia. "Revista de los problemas del tercer mundo" intenta sumar su aporte a esta necesidad abriendo sus páginas para que los creadores ofrezcan su testimonio, expresen su pensamiento. Será una manera de confrontar opiniones, de sacar conclusiones. Iniciamos esta serie con Roberto M. Cossa, 32 años, autor de "Nuestro fin de semana" (1964), "La ñata contra el libro" y "Los días de Julián Bisbal" (1966), y "La pata de la sota" (1967).

Es difícil, para un autor, referirse a su teatro sin establecer - de alguna manera - un juicio de valoración, sin hacer una implícita calificación de sus obras.

Esta tarea le corresponde, naturalmente, a la crítica. Lamentablemente, la crítica teatral no ha ahondado en el proceso actual de nuestro teatro. Cuando lo hizo, no sólo no aportó juicios de esclarecimiento, sino que contribuyó, sino a confundir, por lo menos a esquematizar los nuevos fenómenos que se están dando en el teatro argentino y a difundir conceptos que se están generalizando y que corren el peligro de convertirse en axiomas.

Es por esto que asumo el riesgo de hablar sobre mi mismo y sobre los autores de mi generación, sintiéndome demasiado adentro

del proceso, situación que no suele ser conveniente para un análisis más o menos objetivo. Pero, a esta altura, creo que son muchos los errores y muchas las omisiones en que cae habitualmente la crítica teatral. Es por ello que la opinión de los creadores en este momento se hace includible.

Cuando me refiero a la crítica teatral, establezco una separación.

Existe, por un lado, la crítica de los diarios y de muchas revistas que se limitan a comentar los espectáculos - con mayor o menor acierto - de acuerdo con los gustos personales del crítico. Está la otra crítica, la que detrás del comentario asume posiciones ideológicas y estéticas, la que arriesga un análisis más a fondo, la que intenta siste-

matizar un proceso. Sus mayores representantes firman en revistas como "Primera Plana", "Confirmado", la desaparecida "Teatro XX".

A impulsos de estos últimos y alimentada por el sectarismo a veces, y otras por el exitismo de la gente de teatro, desde hace ya un tiempo se ha trazado entre la última promoción de autores teatrales, una división: los autores realistas por un lado; por el otro los del teatro del absurdo.

Desde ya, este tipo de divisiones son peligrosas, más aun si se pretende mostrarlas como dos corrientes enfrentadas, como si las formas de expresión fueran estáticas y los estilos, de por sí, determinaran a priori juicios de valoración.

Personalmente, pienso que las formas no son determinantes. Las formas son, en definitiva, una elección circunstancial a la que recurre un creador para expresar mejor su mundo. De esta manera, exaltar o denostar una forma implica, cuanto menos, una simplicidad. Dar de baja al realismo como una corriente terminada, liquidada, es ingenuo, tanto como rechazar de plano el teatro del absurdo.

Creo que aquí esta polémica es innecesaria, porque en la Argentina el problema es otro. Es decir, siento que se está trasladando mecánicamente una problemática estética de Europa y Estados Unidos, que también nos concierne, pero que desintegrada del proceso cultural argentino nos concede pautas que no siempre nos encuadran totalmente.

Somos un país en gran parte con mentalidad colonial. Desconfiamos de nuestra realidad, porque es la realidad de un país periférico, chato, sin grandes tradiciones ni tampoco con una individualidad que nos caracterice universalmente. Buenos Aires es una ciudad europea, decimos constantemente. En alguna medida es cierto: su edificación, la cara de la gente, la forma cómo

se viste. Pero nuestros problemas, nuestra mentalidad, nuestra realidad política y social, en fin, no es europea. Y esto implica muchas cosas. Bien es cierto que la problemática del hombre es la misma en todo el mundo, pero el contexto no. No es lo mismo para un creador - para un hombre - atravesar dos guerras mundiales que no. No es lo mismo para un habitante de Nueva York vivir en la ciudad más importante del mundo y en el país que está en guerra con Vietnam, que para un porteño vivir en Villa Urquiza. Ama, odia y teme a la muerte lo mismo que un neyorquino, pero dentro de un contexto diferente. Siempre recuerdo aquella frase de Willie Loman, el protagonista de "La muerte de un viajante" cuando dice del hijo, palabra más, palabra menos, "vive en la ciudad más grande del mundo y se siente un fracasado". No sólo para Willie Loman es diferente vivir en la ciudad más grande del mundo. También lo es para Arthur Miller.

No quiero decir con esto que los argentinos estemos destinados exclusivamente a escribir obras donde "no pase nada". Pero entiendo que tampoco podemos prescindir de nuestras individualidades, es decir de nuestra realidad. Si no, seremos pequeños Ionescos, pequeños Becketts o pequeños Brechts.

Por eso mismo, creo que nosotros no debemos pararnos frente al realismo como lo hacen los europeos o los norteamericanos. Para nosotros el realismo está vivo, entendiéndolo como un camino para revitalizar nuestra realidad, para asumirla, para comprometerse con ella. Y esto no tiene nada que ver con el estilo y mucho menos con la forma. Es decir que para nosotros el realismo debe ser un problema ideológico y no estético.

Creo que esto es material para los ensayistas y para los sociólogos, pero como creador siento que detrás de este "antirrealis-

mo" a ultranza hay una necesidad de rechazar una realidad inmediata, que nos pertenece, que conocemos demasiado y que por lo tanto no puede ser importante. No abro aquí juicios sobre la calidad de las obras o la importancia de la corriente realista en la Argentina; me refiero a una postura apriorística, conciente o no, de algunos argentinos.

Contra este juicio suele manejarse el concepto universalista del arte.

Esto es aparentemente cierto en la medida que la problemática del hombre es universal. Pero las estructuras culturales responden a una realidad circundante, a una experiencia explícita de los pueblos y, por lo tanto, de sus creadores.

Para un escritor europeo o norteamericano, por ejemplo, determinadas formas están agotadas, cristalizadas, consagradas por obras y autores precedentes. La ruptura de la forma implica, para ellos, no sólo una necesidad de expresión, sino un camino lógico de individualización.

Para nosotros, en un momento, ese camino vino por el realismo cotidiano (\*) e implicó una actitud vanguardista hace unos años. La dramática Argentina, salvo excepciones, estaba atosigada de trascendentalismo, de ampulosidad. Romper con esto a través de un lenguaje sencillo, de acciones mínimas, implicó una renovación. Y hasta tal punto lo fué que involucró a un grupo de directores y actores, atrajo un público y creó un estilo de expresión.

Si el realismo cotidiano, dos años después, está terminado, no me animo a decirlo. Tendríamos, en principio, que entrar en consideraciones que escapan a esta nota. Pero por extensión decir que todo el realismo está hoy envejecido, es un grave error.

Finalmente, pienso, es el viejo error de confundir forma con contenido. Se ha dicho de varios de nosotros que nos quedamos en el naturalismo. Habría, en princi-

pio, que definir bien que es el naturalismo. No siempre el manejo de un lenguaje cotidiano, de personajes cercanos a nosotros, de situaciones copiadas de la realidad, implican caer en el naturalismo. Lo importante son las ideas que se manejan detrás de estas circunstancias teatrales. Lo peligroso es el naturalismo ideológico. Es curioso que cuando Wesker, un autor inglés contemporáneo, se pone a pontificar políticamente caiga en ingenuidades como la exaltación del reformismo. En el contexto político inglés, donde la vanguardia es el socialismo reformista, quizás sea coherente. Pero para nosotros, que atravesamos la experiencia populista del peronismo, eso nos suena a viejo. A la inversa de lo que nos pasa a nosotros con ciertas formas teatrales, Wesker está respondiendo fielmente a su contexto político.

Insisto en señalar que personalmente no reniego de ninguna forma. No acepto el criterio de que el realismo es lo muerto, lo terminado y el teatro del absurdo, o el de la crueldad, lo moderno. Creo que el sentido del espectáculo teatral está cambiando en el mundo y entiendo que sería necio mantenerse ajeno a este proceso. Pero sería suicida trasladar mecánicamente esas experiencias aquí. Creo que los autores argentinos debemos asimilar esa experiencia, pero adecuándola a nuestra propia necesidad de expresión, al estilo de cada uno.

Yo soy un autor realista, un realista cotidiano, según la crítica, para mi este estilo es una elección natural, casi diría inconciente. Esto no quiere decir que no me lo cuestione, pero siempre en la medida que un creador debe cuestionarse permanentemente.

-----

(\*) No coincido con esta definición de "realismo cotidiano", pero es la que ha impuesto la crítica, por lo tanto la utilizo a fin de evitar confusiones.

2742

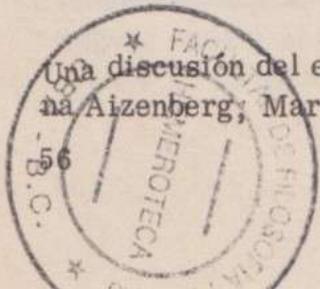
Por supuesto que no me siento cristalizado, ni pasado de moda, ni mucho menos. Y es to no quiere decir que en futuras obras no recurra a otras formas. Así será si el te ma, o lo que yo quiera decir, me lo impo ne. Cuando en mi última obra, "La pata de la sota", recurrí a la quiebra del tiem po real, no fué porque intentara dejar de ser "naturalista". Simplemente necesité ha-

cerlo para sintetizar diez años de una familia en pocas situaciones. Por lo demás, en arte creo que no hay te mas ni estilos apriorísticos. Un creador es, en síntesis, un mundo, es decir un estilo. El estilo es su único capital, aquello que lo individualiza, que le da permanencia. Lo demás es cuestión de talento.



Una discusión del elenco sobre "Los días de Julián Bisbal". David Stivel, Emilio Alfaro, Adriana Aizenberg, Martha Gam, Fausto Aragón, Juan Carlos Gené.

AHIRA - Archivo Histórico de Revistas Argentinas



AHIRA - Archivo Histórico de Revistas Argentinas

\$ 180